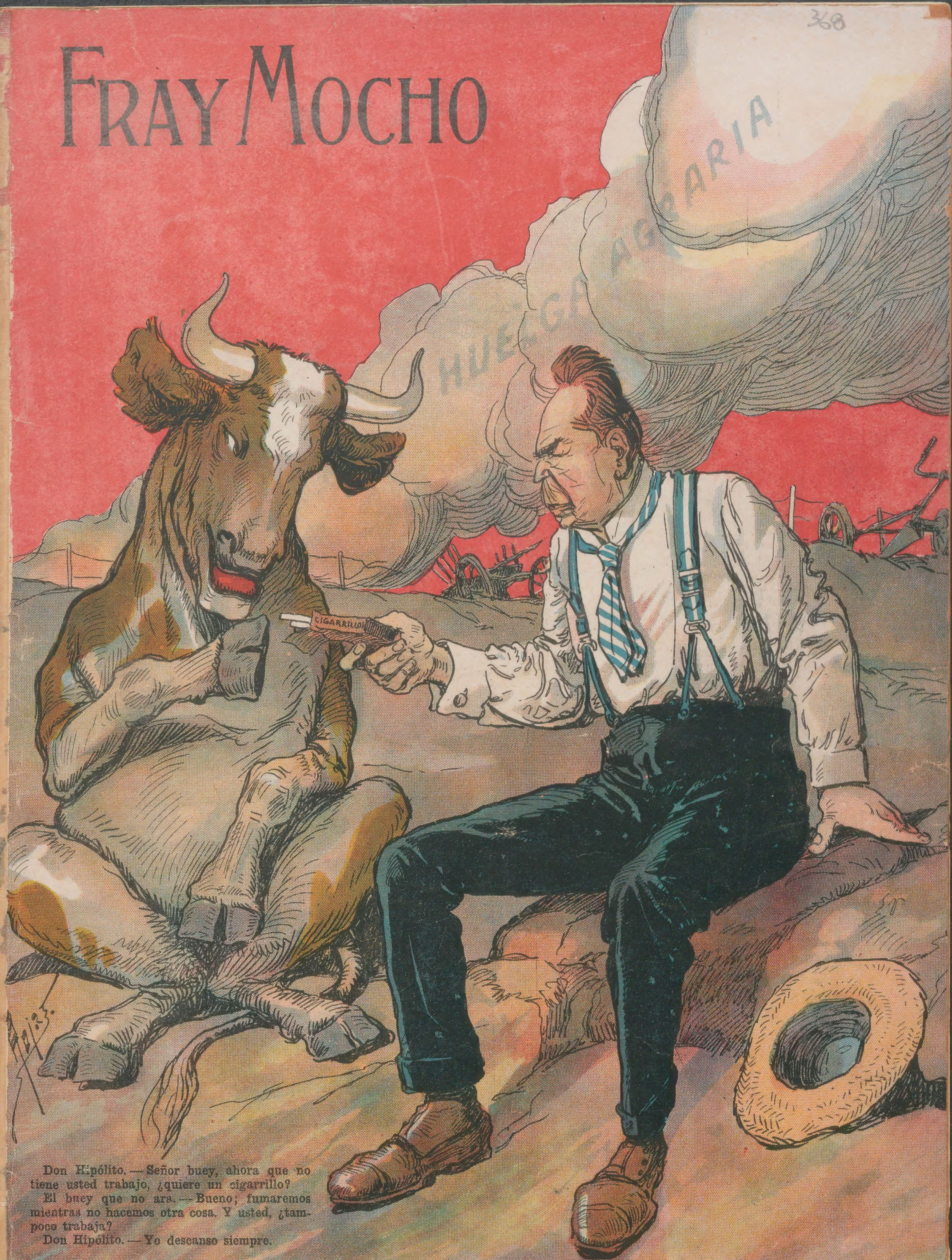
FRAY MOCHO



Don Hipólito. — Señor buey, ahora que no tiene usted trabajo, ¿quiere un cigarrillo?

El buey que no ara. — Bueno; fumaremos mientras no hacemos otra cosa. Y usted, ¿tampoco trabaja?

Don Hipólito. — Yo descanso siempre.



Su elaboración está hecha con tal cuidado y sus componentes tan escogidos, que el tomarla es una garantía para su salud.

FRAY MOCHO

Año VIII — Buenos Aires, 13 de mayo de 1919 — Núm. 368

Venga pronto el remedio...

Los acontecimientos de la semana, sobre todo los de su primera parte, por la simultaneidad de hechos y afirmaciones contradictorias, dejan en el espíritu menos pesimista una impresión extraña de desaliento, que la salud moral de la República exige disipar a toda costa con actos, no con simples palabras o con promesas inconsistentes.

Véase si no:

Mientras por un lado, el ministerio de relaciones exteriores, para rectificar juicios erróneos en el extranjero, comunicaba a las legaciones argentinas que "las operaciones del puerto de Buenos Aires y demás del país se desenvuelven con toda regularidad"; por otro, las principales compañías de navegación que mantienen un tráfico normal entre Europa o Estados Unidos y el Río de la Plata, resolvían, de común acuerdo, "suspender totalmente los servicios hasta que las condiciones de trabajo se modifiquen en los puertos argentinos".

¿Quién tiene razón?

A primera vista, debe tenerla el gobierno. No es admisible, en teoría, que una afirmación oficial, rotunda y categórica, contenga la menor partícula de error. Y sin embargo, tampoco puede aceptarse que empresas de arraigo, de crédito visible en ambos mundos, comprometan ligeramente su prestigio comercial, y sus enormes intereses, echando al viento declaraciones falsas. ¿Qué debe creer el pueblo contribuyente que anhela vivir en paz, que costea con tanto sacrificio una administración cara, que sólo pide un poco de orden y de sensatez para lograr el desenvolvimiento normal de sus actividades?

¿Cómo es posible que se proteste de sembrar la concordia, se diga oficialmente a la faz del mundo que el puerto de Buenos Aires funciona "con toda regularidad", cuando se discute con furor entre obreros y empresarios el derecho de boycot que se arrogan aquéllos, y éstos rechazan ruidosamente?

La regularización mecánica de una parte de la actividad portuaria, no puede confundirse—lo creemos ingenuamente—con la normalidad completa, sin cuya existencia efectiva, apoyada en hechos incontrovertibles, es temerario, expuesto a rectificaciones, y, por lo mismo, mortificante para la dignidad del gobierno y del país, declarar que todo está bien, "que aquí no ha pasado nada"...

La enormidad de este caso sin precedentes en anteriores administraciones pone de relieve una deficiencia orgánica en la alta gestión de los intereses públicos; y es tanto más dolorosa, cuanto que el país entero, sin distinción de banderías políticas, por puro instinto de conservación, desearía, ya que el momento económico es tan grave, vislumbrar un hilo de acierto es que apoyar sus esperanzas legítimas de un mejoramiento que tarda demasiado.

Por lo demás, no es éste, naturalmente, el único caso de incongruencia que aflige a la opinión. Con sus ejemplos, tomados al azar del movimiento diario, podrían llenarse columnas y columnas. Entre los más llamativos que ofrece la semana, notamos uno, también destinado a enfermar de estupefacción a todas las personas sensatas:

El mismo día en que el jefe de policía, a consecuencia de los excesos de cierta propaganda anárquica llegados al último extremo de lo tolerable, lanzaba su famoso edicto de represión de esos actos, basándolo en las leyes prohibitivas de la República; el mismo día, decimos, y al mismo tiempo, un grupo numeroso de conocidos comerciantes e industriales celebraba en la Bolsa, nada menos, una reunión, cuyo objeto era asumir una actitud de defensa colectiva ante la situación que les viene creando el avance de los obreros; y en vista de la imposibilidad moral y material de someterse a todas las condiciones exigidas, oportunamente "proceder a un cierre general de todos los establecimientos".

¿En qué quedamos? Si la autoridad pública toma a su cargo, como es de su deber, la represión de los excesos proletarios, distinguiendo claramente entre el derecho a las reivindicaciones justas y la pretendida facultad de ejercer violencias sólo encaminadas a perturbar el orden social, parecería lógico que los capitalistas, amenazados, se declararan satisfechos y aguardaran tranquilos las consecuencias de esas medidas que, entre otros resultados comportaría el regreso a la buena senda de sus operarios extraviados por una propaganda fatal.

¿Por qué, pues, presenciamos la contradicción? Sin duda, porque la policía, como la famosa del papa, llega tarde; porque todo el mundo, menos ella, y desde hace largo tiempo, ha previsto que la indiferencia de las autoridades ante la impune publicidad y difusión de ciertas ideas disolventes, debía, en buena lógica, arraigar el convencimiento en muchas cabezas débiles, de que, minoría y todo, eran los únicos dueños de la situación económica del país. La actitud del comercio implica una desconfianza evidente del acierto gubernativo. Es una manifestación clara de que puestas las cosas en tal extremo, sólo cree en sus propias fuerzas, en la eficacia de sus exclusivas medidas, estimando a lo más, como una colaboración precaria y retardada, la acción de quien, por concepto esencial, debió adelantarse y prever los acontecimientos, no limitarse a mirarlos fermentar, para salir, el último de todos, acordándose de Santa Bárbara...

La constitución argentina abre a todos los ciudadanos, sin limitación, por medio del sufragio, el camino del gobierno. Si la minoría maximalista no es una minoría, triunfe en buena hora por la vía del comicio, con la condición única, lo mismo para ellos que para los actuales gobernantes, de "gobernar", es decir, de labrar prácticamente la felicidad colectiva, y no de contemplar sin anteojos la bóveda celeste, mientras la casa se viene abajo.

ESPECTADOR.

POR LAS CELESTES ALTURAS



Huelga en perspectiva.

"La Prensa"

Por una ironía del destino, el gran diario cuya acción señaló siempre en la política y en la economía del país las orientaciones de la verdadera justicia, tuvo que cerrar sus puertas, víctima de una complicación de orden interno, cuya esencia no afecta el firme programa a que constantemente permaneció fiel.

Los votos unánimes de la familia periodística, del comercio y del pueblo entero, para quienes la momentánea eliminación de "La Prensa" implicaba graves molestias y disgustos, han consistido, como era natural, en la rápida y feliz terminación del conflicto.

Más alza del azúcar

Como si las amas de casa hubieran podido reponerse de los continuos sustos a que diariamente las expone el incesante aumento de los artículos de primera necesidad, he aquí que el azúcar, ya por las nubes, amenaza otra vez con nuevas excursiones planetarias. El culto de lo amargo, ya tan difundido en el mundo moral, va a concluir por imponerse también en la mesa. ¡Adiós, dulce de leche! ¡Adiós, pastelitos con almíbar!...

El señor Bascary, un increíble gobernador de Tucumán, cuya asendereada conducta política no se olvidará fácilmente en muchos años, tendría en la mano, por poco que le gustara la repostería, los medios seguros de conquistarse las simpatías infantiles y femeninas de toda la república. Pero, ya se ve, prefiere a todo el fracasar ruidoso de sus menjurjes electorales. Todo el mundo sabe la derrota merecida de sus partidarios en las últimas elecciones. Pues bien, ya se dice que el castigo de los adversarios, entre los que se cuenta todo el personal de los mayores ingenios azucareros, consistirá en una política hostil a las precitadas empresas. Y como éstas ya están amenazadas de huelgas, de exigencias obreras, de elevación formidable de jornales, etc., etc., la consecuencia—todos lo adivinan—no se hará esperar: las amas de casa pagarán los vidrios rotos, a menos que también apelen al recurso de moda: pliego de condiciones severo y huelga...

LOS PROBLEMAS SOCIALES Y LA MUJER

Está fuera de duda que la mujer, en las naciones del norte, levanta ya su cabecita, y mira al hombre sin sumisión aunque con cariño, llegado el caso, toda vez que las relaciones entre uno y otro han sido perfectamente definidas por mamá Naturaleza, quien sabe lo que hace.

Tal orden de cosas en sociedades que nos aventajan en civilización y cultura, facilita en gran manera el progreso de la mujer argentina, que no necesitará luchar denodadamente como las fogosas amazonas de Mrs. Pankhurst, cuya actitud, ridiculizada en el mundo entero, le valdrá ser una de las más grandes figuras femeninas a los ojos de las generaciones venideras.

Para nosotras llegará la ley antes que la costumbre. El caso de la señora Lanteri nos lo demuestra.

Discretamente, sin mendigar ni imponerse con actitudes despampanantes, usando con inteligencia su derecho, levantó su candidatura sin pasmar ni escandalizar a nadie, pero también sin despertar mayores entusiasmos entre el elemento femenino.

Ha indicado el camino, y por el momento basta. Si hay mujeres que pueden ocupar con honor una banca en el Congreso, la totalidad no está preparada aquí para llevar a las urnas votos conscientes.

El advenimiento de los radicales ha empezado a sacarnos del limbo, despertando nuestra atención su léxico especialísimo; de conservadores y demócratas tenemos las ideas que nos sugieren las respectivas palabras; de los socialistas nos asusta la bandera roja, sabemos que la iglesia los combate, y confundimos lamentablemente socialismo con anarquía.

Porque en tanto que el hombre discute la personalidad de la mujer, su valer intelectual, sus deberes y derechos, y hasta su sensibilidad, mientras administra sus bienes, y determina qué puede y qué no puede hacer, las mujeres, dedicándose a la caridad como un recurso contra el hastío, comiendo bombones y bebiendo champagne por caridad—a veces sin ello no los comerían—estudiando idiomas o labores bajo la dirección de la maestra a la moda, extasiándose ante una tonadillera ídem, o paseando sus almas aburridas en cines, tés y Palermo—si están o quieren estar metidas entre la crême;—deshaciendo mil veces un vestido para prestarle la línea del último figurín, componiendo el peinado, lo más fácil y barato para componer cuando escasea el dinero, o parada a la puerta del conventillo donde se revuelcan los chiquilines sucios, si continuamos discutiendo—todas por igual, gran dama, niña burguesa o mujer del pueblo—con apatía, con indolencia rayana en lo increíble, dejan decir, dejan hacer, como si no fuera su propia vida la que está en juego, su dicha, y la vida y la dicha de sus hijas.

Para todas y cada una, tal es la meta: disipación, trapos.

¿Problemas sociales?

"Es un horror como está el mundo. ¡A dónde iremos a parar con tanto pícaro!"

La única reflexión que sugieren.

No es la ley la que mata ideas e iniciativas, es la costumbre. La mujer no vive de otro modo porque no quiere.

He aquí algo interesante al respecto. Dice Haeckel:

"...La posibilidad de emigrar no pertenece solamente a los animales que durante toda su vida gozan de la facultad de poder cambiar de lugar libremente. En efecto, los corales, los sérpulas, los crinoides, los ascidios, los cirrípedos y otros muchos animales inferiores que viven y crecen habitando sobre las rocas, han gozado cuando menos en su juventud de la facultad de poder cambiar de sitio libremente. Todos caminan antes de fijarse o estacionarse."

Caminan también las mujeres cuando no se fijan, cuando no se estacionan. Pero como los corales, los sérpulas, los crinoides, los ascidios, los cirrípedos y otros muchos animales inferiores, prefieren crecer y vivir aferradas a las rocas.

El principal enemigo de la mujer, es la mujer.

Otra vez Haeckel: "Adaptándose por una larga costumbre, por el ejercicio, etc., a las variaciones sobrevenidas en las condiciones de existencia, la voluntad animal puede producir los más grandes cambios en las formas orgánicas. Citemos particularmente al perro y al caballo tan sorprendentemente ennoblecidos por la domesticidad, y tan superiores a sus hermanos salvajes para el desarrollo de la actividad intelectual: ahora bien, en este caso la transformación correspondiente del cerebro es debida en gran parte a un "ejercicio persistente"."

Las mujeres viven sometidas a un ejercicio persistente... de embotamiento.

Es común en la familia observar que las niñas son más despiertas que los varones en su primera edad.

¿Qué se hace de su despejo?

Se le contiene, se le atrofia, y cuando no es posible extirparlo se le da válvula de escape en actividades pueriles.

¿Qué frutos no produciría, útilmente aplicado, el interés que pone en escrudiñar sin ton ni son vidas ajenas, su inclinación a los temas escandalosos—especie de aberración moral —desquite, sin duda, de acrisolada honradez?

En precaución de un siempre posible cambio de fortuna en este pícaro mundo, o para mejorar situaciones económicas, hoy se instruye pasmosamente a las niñas.

Un barniz de recitación, pintura, labores, gorgoritos y cocina; un diploma adquirido en buena lid para caso de urgencia—y ya se ha formado una mujer.—¿Para qué quiere más?

Realizado aquello le restan todos los días de su vida para vestirse y hacer vida social, que más valdría llamar antisocial, toda vez que no tiende a la unión, sino a la desunión entre las gentes.

Sin embargo, si la misión más noble de la mujer, y lo es en efecto, o la única misión, como otros quieren, es la de formar el espíritu de los hijos, la pura razón nos dice que mal puede formar un espíritu quien de él carece.

Para tener espíritu es necesario vivir, y no es vivir vestirse, hacerse eco de todas las mentiras que se oyen, y eco de los ecos de sociedad de diarios y revistas.

No vive quien vive únicamente para sí, vegeta.

Llevar, pues, al convencimiento de la mujer que hay actividades nobles que proporcionan éxitos y satisfacción tan grandes como el lucir un buen vestido, interesarlas por la vida colectiva, he ahí el gran escollo. No vida activa por necesidad, para ganar dinero, vida activa para ganar alma.

Es la vida la gran educadora de las madres.

Durante cuatro largos años la guerra ensangrentó el suelo de Europa, latente en el fondo de la lucha una honda perturbación social, y mientras el espíritu femenino vivía vida intensa y fecunda allende los mares, con raras excepciones continuó aquí en la inacción. La sangre y la muerte estaban lejos.

Pero la vibración espiritual nos llega.

La guerra ha cesado—aquella guerra—la honda perturbación va adquiriendo caracteres cada vez más graves. En un país, después de horribles convulsiones se ha llegado a la nacionalización de la mujer, la expresión más brutal del egoísmo y la tiranía del hombre.

¿Qué nos depara el porvenir?

El hombre, en estado de sobreexcitación tiene mucho del bruto, el hombre culto; saquemos la cuenta de lo que pueda dar de sí una reducida espiritualidad.

¿No sería conveniente descender de las nubes?

El proletariado se levanta, y es fuerza digna de respeto: 1.°, porque le asiste la justicia; 2.°, porque su masa es ignorante, aun aquella satu-



NUEVA VERSION DE UNA HISTORIA ANTIGUA.

Jonás.—He estado cuarenta días y cuarenta noches dentro de esa ballena.
Salomón.—No seas tonto; no hay tal ballena: era un submarino.

MILITARISMO — ANEXIONES — MAXIMALISMO



—Creí que lo había dejado apagado, pero todavía hay mucho fuego.
(De "Notenkraker", de Amsterdam).

rada de ideas adquiridas en lecturas y conferencias—las grandes frases inflaman, pero no educan—porque, para mantener latente su adhesión han infiltrado odio en su alma, y el odio enceguece.

Sabemos esto, pero ¿sabemos cómo obraríamos nosotros en su caso?

Imagine su hijito, señora, esa flor delicada, en el ambiente en que crecen los ''pícaros'' aquellos. ¿No es verdad que su corazón deja de latir y el horror dilata sus pupilas?

Los hombres desenfrenados han sido también flores delicadas; su balbuceo, el mismo balbuceo del bebé que usted adora.

Vele por el bienestar material de esos hombres, señora; con ellos hay mujeres y niños que sufren, dolores reales y dolores ficticios, que no son los menos crueles. Sufren el dolor de pensar que es la sociedad quien los ata a su tormento. Procure llevar luz y verdad a sus espíritus. Ellos ignoran que el dolor no es prerogativa del pobre y del humilde, que en todos los círculos sociales las pasiones, los vicios, las desventuras son iguales, que el lujo no da felicidad.

Bien lo ha comprendido el Consejo Nacional de Mujeres, que cada día da un paso adelante en iniciativas felices, al ponerse en contacto con las obreras en reuniones dominicales.

Una mayor sencillez de costumbres mantendrá el equilibrio entre las distintas capas sociales. La fiebre de las apariencias ha traído el malestar social que nos abruma, fiebre que se ha ido contagiando desde las altas esferas hasta la vivienda más modesta. De las altas esferas debe descender el remedio: cordura y unión, y amor, mucho amor para impedir rozamientos.

Vistos de cerca, ni los pudientes son soberbios, ni los humildes monstruos.

En realidad de verdad, creo que todos somos unos pobres diablos que bien podemos querernos un poco.

MINA MARA.

EL MOISES MODERNO



Pero la tarea es más embrollada que la del otro.

Sirio y sus grandezas

Hace dos mil años, el color de esta estrella, la más hermosa y brillante del cielo, era rojo; hoy es del blanco más puro. Ni los físicos, ni los astrónomos atinarán nunca con las causas de este cambio de coloración. Dos mil años son un segundo de duración en la vida de los astros, y los anales astronómicos de la humanidad terrestre no pueden abarcar los inmensos períodos de revoluciones y trastornos que alteran la constitución física de estas masas gigantescas.

La estrella Sirio, como otras muchas ya observadas, tiene un movimiento propio, independiente de las causas que pudieran hacérnoslo juzgar pura apariencia. Su movimiento ánuo en el cielo, donde parece incrustada esta estrella, es, según ha justificado la observación, de muy poco más de segundo y tercio, y necesita, en virtud de este pequeñísimo arco descrito en un año, ''mil trescientos treinta y ocho'' para desplazarse o recorrer en el cielo un espacio igual al diámetro medio aparente de la Luna, que mide treinta minutos.

Sirio está a una distancia de la Tierra 1.373.500 veces el radio de la órbita de la misma; es decir, 1.373.500 × 142 millones, o sean 194.037.000 de kilómetros. Tan colosal distancia la recorre la luz en 22 años y 19 días, de modo que los destellos luminosos, que cual agua diamantina nos envía ese refulgente sol, hace 22 años emprendieron su marcha para herir nuestra pupila, y si en sus destinos estuviese escrito que se apague o extinga de repente, aun estaremos contemplándolo durante aquel tiempo.

Sirio anda en un año más de 1.365 millones de kilómetros; 3.740.272 en un día; 155.600 en una hora; 2.560 en un minuto, y cerca de 44 en un segundo, velocidad superior casi en una mitad a la que lleva la Tierra en su órbita, que no pasa de 30 leguas por segundo.

¡Cuarenta y cuatro kilómetros por segundo, y la estrella, no obstante, parece como enclavada en un mismo lugar del cielo, siendo precisos muchos millares de años para que su desplazamiento o cambio de posición se haga sensible a la simple vista! Claro es que este efecto es el resultado de la espantosa distancia a que está de nosotros.

Si de repente viniese a ocupar el lugar que ocupa nuestro Sol, nos daría tanta luz como 94 soles reunidos; así como si se relegase el Sol al lugar que ocupa Sirio, apenas podrían distinguirlo los más potentes telescopios, bastando para verlo como vemos a Sirio, que se alejase 140.000 veces más de lo que está, es decir, poco más de la mitad de la distancia a que está ''alfa'' del Centauro.

No es Sirio la estrella que se mueve ni con más ni con menos velocidad. Ahí está nuestro Sol, que camina, seguido de su cohorte de planetas, satélites y cometas, a razón de ocho kilómetros por segundo; la estrella Régulo, a razón de 23; Cástor y Pólux (los Gemelos), con velocidades respectivas de 40 y 79 kilómetros por segundo; Vega (''alfa'' de la Lira), 80 en el mismo tiempo; ''alfa'' de la Osa Mayor, 85; Arturo, 88, etc., etc.

Una gran parte de las estrellas se mueven en el mismo sentido que nuestro Sol; otras siguen una dirección contraria. Entre estas últimas se cuenta Sirio, que desde los tiempos (hace 4.000 años) que los egipcios la eligieron para regulador de su calendario, se ha alejado de nosotros 5.200 millones de kilómetros. Agréguense a este número los mil millones de kilómetros que en dirección contraria hemos caminado con el Sol, y se tendrá una cifra enorme de kilómetros recorridos por ambos astros en el espacio de 4.000 años, y ¡cosa admirable y por demás inconcebible! Sirio brilla como brillaba en los tiempos de los egipcios y caldeos; nada ha perdido la intensidad de su luz, si se exceptúa el cambio de coloración del rojo que era entonces al blanco diamantino que es hoy; y a contar con observaciones de aquel tiempo, que no las hay, porque el movimiento propio de las estrellas es de reciente observación, veríamos que el brillante astro, precedido siempre del gigante Orión, sólo se ha desplazado en el cielo una cantidad igual a dos y media veces el diámetro aparente de la Luna, o sea un grado y 29 minutos.

Reverso de esta medalla es Arturo, estrella de primera magnitud, pero no tan brillante como Sirio. Esta, con un movimiento propio de dos y cuarto segundos al año y una velocidad de 88 kilómetros por segundo, se aproxima constantemente al Sol corriendo cada día 7.200.000 kilómetros, que vienen a ser 2.628 millones en el transcurso de un año. El astrónomo Flammarion ha calculado que tan inmenso trayecto en el cielo nos lo ocultaría el ancho de un hilo de dos milímetros de grueso colocado a 100 metros de nosotros.

El movimiento general de las estrellas y el de nuestro propio Sol, nos demuestran que el aspecto que presentan los cielos no siempre ha sido tal como hoy se nos ofrece, ni lo será en las edades venideras. El transcurso de los siglos trastornará evidentemente la configuración de las constelaciones, hará invisibles muchas de las estrellas que hoy contemplamos como fijas, y aparecerán otras nuevas venidas de las profundidades del espacio, donde por miríadas se mueven. Largo, muy largo será el tiempo que habrá de transcurrir para que estos cambios y transformaciones se hagan sensibles a la vulgar observación, mediante los anales que la ciencia vaya acumulando para el porvenir; pero no puede dudarse que ha de llegar un día en que hasta el nombre que hoy llevan las constelaciones tendrá que desaparecer. La que hoy llamamos Osa Mayor o Carro de David, que todos conocemos por su forma particular, tenía, hace 50.000 años, la figura exacta de una cruz, y transcurridos que sean otros 50.000, las siete estrellas principales, formarán una línea quebrada semejante a una ''zeda''.

La mica y sus aplicaciones

Las hojas mayores de mica, algunas de las cuales alcanzan a veces un diámetro de 1.50 metros, se obtienen en Siberia. Como puede suponerse, su precio es elevadísimo, variando de acuerdo con el tamaño de las hojas. La curiosa substancia, de origen indudablemente volcánico, cristaliza en forma extraña, merced a lo cual se puede separar de ella láminas sutilísimas de hasta una milésima de milímetro de grueso.

Una de las aplicaciones más generales que hoy tiene la mica, es la de servir para hacer gafas destinadas a picapedreros y canteros. También se usa para cubrir delanteros de chimenea o de estufa, para reflectores de brújulas marinas, y combinada con otros medios, para la producción del alumbrado eléctrico o de energía eléctrica. La mica no sólo resiste altísimas temperaturas, sino que es inatacable por los ácidos más corrosivos.

Se cree que el primer yacimiento de mica explotado se encontraba en América, en la región que hoy forma el Estado de Carolina del Norte. Cuando desembarcaron allí los descubridores españoles, los indios excavaban las tierras en busca de dicho mineral, aunque no se sabe en qué lo aplicaban.

La muerte de Kitchener, atribuida a la zarina

El comisionado Henry W. Mapp, director del ''Salvation Army'' en Rusia, y en la actualidad residente en América, formuló hace poco una acusación directa contra la zarina, imputándola que desde sus habitaciones privadas en el Palacio de Invierno de Petrogrado, y por medio de una línea telegráfica de su uso particular, se comunicaba directamente con el Palacio de Potsdam, dando al gobierno alemán las informaciones recibidas por Rusia acerca de los planes y proyectos militares de los Aliados.

El hundimiento del buque en que Lord Kitchener perdió la vida, se llevó a cabo merced a una traición de la Emperatriz, que telegrafió directamente al Kaiser todos los planes que Lord Kitchener llevaba al verificar su proyectada visita.

''La zarina era una gran potencia en Rusia'', dijo Mr. Mapp. ''Todas las informaciones que Rusia recibía de los aliados, referentes a sus planes y proyectos militares, le eran transmitidas inmediatamente, encargándose después ella misma de comunicarlas a Alemania. El Kaiser, en realidad, manejaba a Rusia. La corrupción, la intriga y la traición en la corte rusa llegaron a ser terribles. Las fábricas de municiones eran voladas, obedeciendo instrucciones alemanas, y es incalculable el daño sufrido por la causa aliada como consecuencia de la traición de la que fué Emperatriz de Rusia. Si la revolución no hubiera estallado, los alemanes habrían conseguido llevar la causa aliada a una catástrofe completa. La caída del régimen del zar fué sumamente ventajosa para las naciones aliadas.''

El "Leviathan" establece un nuevo record

El vapor ''Leviathan'', que antes de la guerra se llamaba ''Vaterland'', y pertenecía a una compañía hamburguesa-americana, fué convertido en transporte de tropas al declararse la guerra contra Alemania, habiendo trasladado al continente europeo un total de 94.195 hombres durante el tiempo que ha durado el conflicto.

Desde el 15 de diciembre de 1917, hasta el 5 de noviembre del año actual, el ''Leviathan'' ha realizado nueve viajes de ida y vuelta, transportando en cada viaje de ida un promedio de 9.419 soldados completamente equipados, y una cantidad considerable de carga. El tiempo mínimo invertido por el ''Leviathan'' en hacer el viaje de ida y vuelta ha sido diecisiete días.

Conduciendo 9.419 soldados en cada viaje, el ''Leviathan'' ha establecido un nuevo ''record'' mundial en el transporte de tropas. Anteriormente lo tenía sentado el vapor ''Olympic'', de la compañía ''White Star'', que en una ocasión zarpó de Montreal llevando 8.700 soldados canadienses a bordo.





El rompecabezas del año.

Los brindis

Esas efusionés de simpatía mutua que el calor comunicativo de los banquetes engendra al final de los mismos, y que con el nombre, ya generalizado, de *toast*, aparecen hoy en todos los pueblos civilizados, tienen un origen que pocos sospecharían. Como que el brindis fué en sus comienzos un acto de precaución y una muestra de confianza.

Cuando los daneses conquistaron a Inglaterra, acostumbraban a invitar a banquetes fastuosos a los grandes señores ingleses o sajones, de quienes querían desembarazarse. El dueño de la casa, aprovechando el momento en que el convidado vaciaba a grandes tragos su copa, propinábale una puñalada en la espalda, o le traspasaba el cuello de una estocada por bajo de la nuez. ¡Suaves costumbres de los tiempos!

El infeliz invitado, que no ignoraba la suerte que le esperaba, no cometía nunca la imprudencia de llevar la copa a los labios sin prevenir a sus amigos, diciendo: "¡Bebo a vuestra salud!"... Estas palabras significaban, en lenguaje convenido: "Estad ojo avizor. Tengo por vecino de mesa a un danés, que espera el momento propicio para asesinarme. Vigiladle bien, y acudid en mi auxilio si mientras bebo me ataca".

La anterior conjetura, debida a un historiólogo inglés, nos indica, de un modo bastante preciso, los orígenes de una institución destinada a sufrir, en el transcurso de los siglos, una transformación completa y a extenderse paso a paso sobre toda la superficie del globo. Con todo, esa explicación no nos hace saber de dónde viene el vocablo *toast*, que no existía en tiempos de sajones, britanos y daneses, o que al menos no tenía el sentido que llegó a adquirir más tarde carta de naturaleza en el idioma inglés, y después en todas las lenguas europeas.

Tomada en su acepción primitiva, la palabra *toast* significa *pan tostado*. Es probable que, en época difícil de precisar, una rebanadita de pan tostado fuese puesta en el vino de la copa, a fin de prestar mayor solemnidad al cambio de juramentos de amistad o de amor. No obstante, ninguna prueba decisiva ha sido aún aportada en apoyo de esta conjetura. El solo hecho indiscutible es que el pan tostado (admitiendo que haya figurado alguna vez en semejantes manifestaciones a título de símbolo) no tardó en ser reemplazado por sustancias más preciosas.

Sir Thomas Gresham, el fastuoso tesorero de la reina Isabel de Inglaterra, queriendo renovar las locuras de Cleopatra, hizo moler una piedra preciosa que valía 15.000 libras esterlinas, a fin de sazonar el vino de la copa que debía beber a la salud de su soberana, en la visita que ésta hizo a la Bolsa de Londres, fundada por dicho personaje.

Gresham parece haber sido quien puso de moda los *toasts* costosos. En la corte de los Estuardos, ningún caballero podía beber a la salud de una dama, sin que antes arrojase al fuego parte de sus vestiduras. El daño no hubiera sido tan grande si el caballero que se imponía tal sacrificio para dar una prueba de su amor, no hubiese obligado a sus amigos a asociarse a ese acto de vanidad tonta. Así, cuando al final de un banquete un *galantuomo* echaba su jubón a las llamas, en honor de la señora de sus pensamientos, los restantes convidados debían prestar el mismo homenaje a la hermosa desconocida, bajo pena de ser inmediatamente desafiados.

Desviado el *toast* de su destino primitivo para convertirse en una pública declaración amorosa, llevada hasta la demencia, fué luego pretexto para numerosos abusos, acabando por entrar al servicio de la política. Definitivamente aclimatado en ese terreno a fines del siglo XVII, dió nacimiento a un género de literatura especial, y que por fortuna va desapareciendo. Ya hoy no se brinda, como es sabido, sino en contado número de comidas oficiales, especialmente en aquellas de carácter esencialmente político, como, por ejemplo, en las que se celebran con motivo de las visitas de monarcas y jefes de Estado.

A veces la política háse mostrado ingeniosa, apropiándose esta forma de manifestación. La costumbre de chocar la copa antes de beber a la salud de alguien, fué inventada por los partidarios de los Estuardos. Obligado a contestar a un *toast* "por la salud del rey", el fiel jacobita no dejaba jamás, al levantar en alto la copa, de hacerla pasar por encima de la otra, procurando que el borde de la segunda rozase ligeramente con el pie de la primera. Este artificio simbólico quería decir: "No bebo por el rey Jorge, sino por el verdadero rey, el que se encuentra del otro lado del Estrecho".

Descubierto este expediente, los fieles a la dinastía destronada hacían pasar la copa por encima del aguamanil en que se lavaban las manos al final del banquete. Esto quería también significar que bebían por el rey emigrado. Y cosa curiosa: semejante ceremonia ha dejado huellas en la etiqueta de la corte inglesa.

En la época presente, cuando el rey de Inglaterra come en casa de un gran señor, sólo el soberano tiene derecho a usar enjuagatorio para la boca, colocándose junto a la real persona, en la mesa del festín, el adminículo correspondiente. Con esto se quiere recordar a todos los invitados que en presencia del monarca nadie puede recurrir al subterfugio tradicional para beber a la salud del descendiente de los Estuardos.

Vése, pues, que las dinastías podrán extinguirse, pero que las costumbres quedan.

Los expertos del ejército y la marina de los Estados Unidos, han informado que consideran un triunfo completo el invento de John Hays Hammond Jr., destinado a dominar el radio de las embarcaciones superficiales enviadas con carga de explosivos contra barcos enemigos, y predicen igual resultado con embarcaciones sumergidas que dejen fuera del agua las antenas inalámbricas solamente. Acaba de hacerse público el resultado de varias pruebas llevadas a cabo con motivo de la ley de apropiación para nuevas fortificaciones, la cual autoriza la suma de $ 417.000 para la construcción de un bote sumergible para experimentos.

Los habitantes de Nueva York vieron a mediados del pasado mes de enero, por primera vez en su vida, uno de los más ingeniosos inventos que la guerra ha traído consigo: una exposición experimental del teléfono sin hilos.

El dirigible naval A-242, bajo el mando del teniente de navío John Bentridge, y varios aeroplanos, volaron describiendo círculos sobre la parte bajo de la ciudad por espacio de más de una hora, comunicándose sin dificultad alguna con el gentío que se apiñaba en las azoteas del edificio de la "Equitativa".

Decálogo para los enfermos

1.° Si no es un caso verdaderamente de apuro, no llame al médico con la frase tan usual en Tres Arroyos: — "Venga inmediatamente, doctor". Nada más desagradable para el médico que levantarse de la mesa o de la cama, correr a la casa del enfermo y encontrarle tranquilamente fumando y charlando y con una insignificante dolencia. Acuérdese de la fábula del lobo y del muchacho.

2.° No pregunten al médico en presencia del enfermo: — ¿Está grave? ¿hay peligro? Ningún médico, por humanidad, le dará su pronóstico en estas condiciones. Pregúntese esto bien lejos de los enfermos... y de los vecinos.

3.° No salgan con la barbaridad de decir al médico:—"Quiero sanar pronto, aunque me cueste más". Para el médico honrado es una ofensa y para algún médico comerciante es una indicación preciosa de que usted es candidato a cuentos del tío.

4.° Tampoco salga con la tontería de decir:—"¿Usted garantiza la cura?" Sólo un charlatán puede garantizar la cura de una enfermedad que en su evolución puede tener muchas complicaciones imprevistas.

5.° No admitan visitas, sobre todo femeninas, en la pieza del enfermo. Nada perjudica más a éste que las preguntas y las interminables conversaciones, sin contar que no falta alguna comadrona que exclame:—"¡Jesús María, qué flaco estás! ¡Pareces un cadáver!"

6.° No fastidien con su ritornelo: "¿No sería bueno esto? ¿No le parece bueno esto otro?" El médico no necesita sus consejos y si atiende deferentemente sus indicaciones, es por otros motivos que nada tienen que ver con la terapéutica.

7.° No hable mal de los otros médicos para hacerse el gracioso y halagar el amor propio del médico que ha elegido. Este, si tiene práctica de mundo, mientras usted habla, piensa:—"Este es un mal pagador, o por lo menos, un cliente no deseable. Hoy critica a mi colega; mañana me criticará a mí."

8.° No espere pagar al médico cuando le sobre el dinero. Si hace un sacrificio para pagar la modista o el teatro, bien puede hacerlo para pagar a quien le devuelve la salud. El médico es apóstol, pero a fin de mes paga el alquiler y ésto, en Tres Arroyos, resulta caro. Al médico, generalmente, todos le cobran más.

9.° El médico no es Dios: hace lo que puede para sanar; no es socio de las empresas de pompas fúnebres; sabe que el enfermo que muere no vuelve a llamarle, ni sus parientes tampoco. Así que no le eche en cara si murió el enfermo. El médico es: "Naturae minister et non magister".

10.° No mezquine las visitas. Diga al médico: —"Venga cuantas veces lo considere necesario." Nada más deprimente para el médico que se le limite su intervención y cargue con la responsabilidad de la cura. Hay quien llama al médico una sola vez, para poder decir después: —"Murió, pero lo hicimos asistir por el Dr. Fulano."

Dr. V. COLAPINTO.

Tres Arroyos.

La fascinación de la baraja

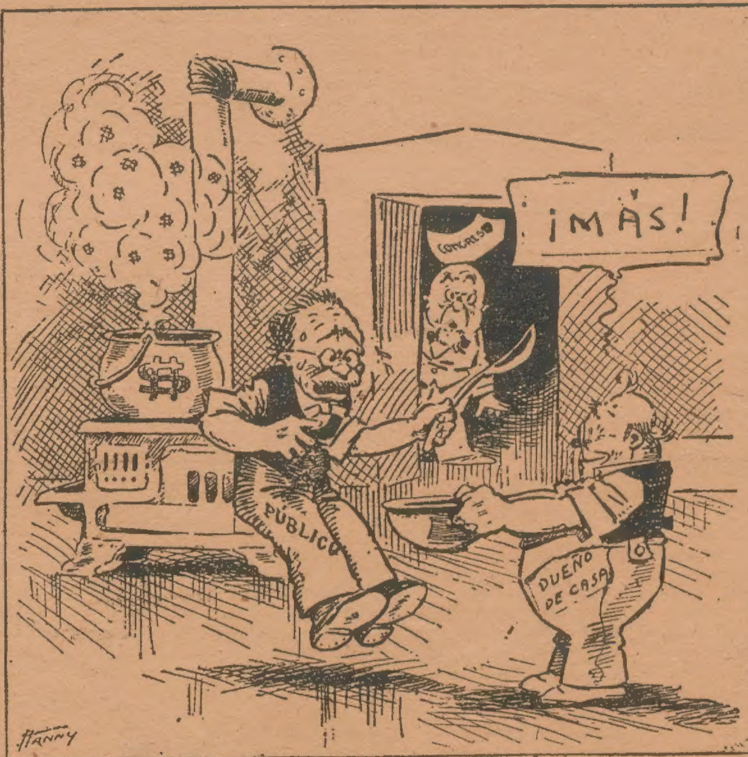
La fascinación que ejercen los juegos a la baraja es un interesante estudio psicológico. Son frecuentes los ejemplos de jugadores que se pasan un día entero jugando al poker, sin pensar en comer y sin siquiera moverse del lado de la mesa en que juegan. Y esta manía no siempre obedece al deseo de ganar dinero; llega a ser una obsesión absorbente como lo muestran numerosas anécdotas históricas, aparte de las que uno puede comprobar a diario con solo acercarse por la noche a un almacén.

Goldsmith refiere que un sacerdote llegó a una casa para confesar a una anciana de su relación que se hallaba en peligro de muerte. La enferma era una apasionada jugadora a la baraja. Después de escuchar solemnemente durante un instante las exhortaciones del ministro religioso, le interrumpió diciendo: —"Por ahora basta, amigo mío; juguemos un partido". El sacerdote asintió. La enferma ganó fácilmente y acababa de sugerir la idea de continuar jugando, estableciendo como apuesta los gastos de sus funerales, cuando le dió un ataque y cayó muerta.

A principios del siglo pasado existía en una ciudad del Somersetshire un club de jugadores de "whist" compuesto por eclesiásticos. En una ocasión cuatro de los miembros del club actuaban como portadores del féretro de uno de sus compañeros. Llegaron al cementerio y como la fosa no estaba preparada todavía, depositaron el cajón con el cadáver en el suelo y uno de ellos sacó un mazo de barajas y propuso un partido. Los demás aceptaron y se pusieron a jugar en austero silencio, sirviéndoles como mesa el mismo cajón.

Un famoso sportman inglés, George Payne, era muy aficionado al juego de la baraja. Cuéntase que una vez se puso a jugar con Lord Albert Denison. Pronto quedaron profundamente seducidos por su pasión. Pasaron las horas, el juego continuó durante toda la noche, llegó el amanecer, y el juego continuaba siempre. Sólo dejaron de lado las cartas cuando, ya muy avanzado el día, llegó un mensajero muy urgente para anunciar a Lord Denison que su novia y la comitiva nupcial le estaban esperando angustiados ante el altar de la iglesia de San Jorge donde ese día y a esa hora debía celebrarse su casamiento... Lord Albert Denison corrió a la iglesia y se casó. Era mucho más pobre que el día anterior, pues en el partido de la noche había perdido treinta mil libras esterlinas...

UN ASUNTO INQUIETANTE



—¿Cuándo se le acabará el apetito?

Una ceremonia poco común

En la Capilla del castillo de Windsor (Inglaterra), hay dos pequeñas banderas de seda colgadas de una de las columnas. Representan la renta anual pagada a la Corona por los Duques de Marlborough y Wellington por la posesión de las extensas propiedades de Woodstock y Strathfield, respectivamente. Esas ofrendas son presentadas anualmente en los aniversarios de las batallas de Blenheim y Waterloo. Su presentación es un reconocimiento de que las propiedades nombradas las conservan por simple favor del rey los herederos del primer Duque, a quien le fueron otorgadas en premio de servicios. En otro tiempo el Duque de Wellington acostumbraba montar a caballo y llevar personalmente las banderas y entregarlas a manos del soberano. En la actualidad un funcionario se encarga de recibirlas y colocarlas en la columna donde permanecen un año. La falta de presentación de las banderas una sola vez, origina la pérdida de todos los derechos sobre las propiedades, que vuelven a poder de la corona.

El Duque de Norfolk es otro de los nobles ingleses que posee una magnífica residencia por la que viene a pagar tan poco alquiler como los anteriores. En 1542, el rey Enrique VIII obsequió al señor de la Casa Workesop con la propiedad que hasta hoy conservan sus herederos, los duques de Norfolk, a condición de que en el día de la coronación del rey, ofreciera al soberano un guante de la mano derecha y permaneciera a su lado, sosteniéndole el brazo, durante la ceremonia. Los herederos continúan prestando al rey ese pequeño servicio, que solo una vez en la vida del monarca pueden prestar y que les asegura el dominio de una valiosa propiedad.

En una retirada con todos los caracteres de una derrota, cierto general, que galopaba como el viento, se volvió hacia su ayudante que no corría menos que su jefe y le preguntó:

—¿Quienes vienen a retaguardia?

—Los que tienen los peores caballos, mi general—respondió sin titubear el interrogado.

"El Comercio"

Decano de la prensa del Perú
Cumple 80 años

El 4 de mayo de 1839 apareció en Lima (Perú) el primer número de "El Comercio", hoy decano de la prensa peruana. Lo fundaron don Luis Amunástegui, periodista chileno, y don Alejandro Villota.

Cumple, pues, 80 años de existencia el prestigioso diario peruano, en cuyas páginas encuentra el estudioso las palpitaciones de la vida de esa república día a día, salvo el interregno que le impuso la autoridad chilena durante la ocupación de Lima por los vencedores de Miraflores.

Después de los fundadores, dirigieron "El Comercio" el sabio don Luis Carranza y el eminente periodista don José Antonio Miró Quesada, propietario del diario y padre del director actual, doctor Antonio Miró Quesada.

Nació este publicista en el Callao, en 1875, e hizo su carrera en la Universidad Mayor de San Marcos, doctorándose en sus Facultades de filosofía y letras, jurisprudencia y ciencias políticas y administrativas. Es miembro de la junta directiva del Partido Civil. Ha sido presidente de la cámara de diputados y es, en la actualidad, presidente del senado. Se le ha señalado como uno de los probables candidatos a la elección de la suprema magistratura, en caso de resolverse ella por el congreso. Fué delegado del Perú ante el congreso panamericano de Río de Janeiro.

Como "El Comercio" lanza dos ediciones diarias y una dominical, sus jefes de redacción son tres, a saber: el estilista "Clovis" (doctor Luis Varela y Orsegoso), nacido en Chorrillos en 1878; ex encargado de negocios del Perú en Holanda, profesor del Colegio nacional, jefe de la sección de presupuesto del congreso, secretario del Instituto histórico del Perú y vocal del Ateneo de Lima.

El doctor Oscar Miró Quesada, nacido en Lima en 1884; catedrático de la universidad de San Marcos, ex delegado al Congreso estudiantil de Montevideo, y expresidente del Centro Universitario; escritor que, con el seudónimo anagramático "Racso", ha hecho famosas las revelaciones de su amplio y esclarecido talento.

D. Ignacio A. Brandariz, nacido en



Trujillo en 1880, y que fué uno de los fundadores de "La Crónica", diario ilustrado limeño.

Los corresponsales de "El Comercio" en Buenos Aires son tres: don Luis V. Bouché, para el servicio telegráfico; don Carlos Benavides Canseco, para las reseñas hípicas, y don Julio Félix Castro y Príncipi, para la información epistolar-literaria.

"El Comercio" usa rotativa norteamericana, sistema Goss, con un tiraje de 25.000 ejemplares por hora.

Campeón de los buenos principios desde su origen, el decano de la prensa peruana es testigo fehaciente de que no hay causa justa cuya hora de triunfo no llegue a sonar en la conciencia de los pueblos.

¡Loor a ese prócer de la prensa continental!

De los que se llevó el diablo

Los que al ver aparecer al dueño de casa con el recibo del alquiler, o a cualquier otra persona tan simpática como él, dicen impacientemente ¡que se lo lleve el diablo!, ¿saben acaso que en otros tiempos, según el testimonio de nuestros más graves antepasados, el diablo solía llevarse de veras a la gente? Es cierto que desde hace un par de siglos ha perdido la deplorable costumbre y no hay probabilidades de que reincida, pero, por si acaso, es bueno conocerle sus antiguas mañas.

''El año 1551, dice Juan Wier en libro publicado en 1577, sucedió en Megalopolis, cerca de Wildstat, que mientras se celebraba las fiestas de Pascuas y el pueblo se divertía bebiendo, una mujer que estaba entre los borrachos nombraba a menudo al diablo entre sus blasfemias. En presencia de todos el diablo se apoderó de ella, la sacó por la puerta y se la llevó por los aires. Los asistentes salieron precipitadamente, asombrados al ver llevar así a la mujer, a la que vieron desde las afueras del pueblo suspensa un instante en las alturas y caer después para estrellarse en el suelo, donde la hallaron muerta.''

Chassanion refiere que Juan Francisco Pico, conde de la Mirándola, asegura haber hablado con muchos que, engañados por la vana esperanza de conocer las cosas futuras, hicieron pacto con el diablo, y después éste los atormentó tanto que se consideraban felices de haber salido con la vida salva. Dice además que había en su tiempo un mago que prometía a un príncipe mostrarle, como en un teatro, el sitio de Troya y el combate entre Héctor y Aquiles. Pero en el momento de ejecutarlo fué llevado en cuerpo y alma por un diablo, y jamás se supo nada de él.''

Un autor antiguo, J. des Caurres, relata lo que sigue: ''El bailío de Mascon, que era mago, fué arrebatado por los diablos a la hora de cenar y llevado tres veces alrededor de la ciudad de Mascon, donde gritó por tres veces y en presencia de muchos: —¡Socorro, ciudadanos, socorro! Con lo que toda la ciudad quedó asombrada y él compañero perpetuo de los diablos, como lo dice plenamente Hugo de Cluny.''

En Sajonia, una joven muy rica— cuenta con la mayor seriedad un autor famoso en su tiempo — prometió casarse con un joven de bella presencia, pero pobre. Previendo él que las riquezas y la ligereza femenina podrían hacerle cambiar de opinión, le manifestó claramente lo que pensaba. La joven le contesta con mil imprecaciones y, entre otras, la que sigue: —Si me casara con otro, que el diablo me lleve el día de mis nupcias... Ahora bien, sucedió que al cabo de cierto tiempo la joven se compromete con otro hombre, sin importársele nada del primero, que la amonesta dulcemente recordándole su promesa. Llega el día de las bodas; los padres, parientes y amigos están de banquete; la novia, rozada por el remordimiento, parece más triste que de costumbre. En esto llegan al patio de la casa donde se celebraba la fiesta dos hombres a caballo; desmontan y son conducidos al salón; se sientan a la mesa y comen con los demás. Después de la cena ruegan a uno de ellos, como es costumbre en la región, que saque a bailar a la desposada. La toma de la mano y la pasea por la sala, pero en seguida la alza dando gritos, sale con ella de la sala y desaparece con su compañero y sus caballos. Los pobres padres la buscaron durante todo el día, a fin de enterrar su cuerpo, pues suponían que él debía haberla precipitado desde las nubes. En eso vieron aparecer a los dos jinetes, los cuales les entregaron el vestido de novia y las joyas y anillos de la joven, diciendo que Dios les había otorgado poder sobre la joven pero no sobre los objetos que llevaba. Dicho esto desaparecieron.''

Sin duda en nuestro tiempo ocurren casos como éste, pero ahora los padres acostumbran dar cuenta a la policía y a veces se encuentra a la muchacha y al que se hizo el diablo.

Otro cronista, llamado Goulart, refiere que ''un doctor de la academia de Heidelberg dió permiso a uno de sus servidores para que hiciera un viaje, a fin de visitar su pueblo. Cuando el hombre regresaba, encontróse en el camino con un soldado que venía montado en un gran caballo. De pronto el soldado lo levantó a la fuerza y lo sienta a la grupa. El hombre se abraza al jinete para no caer, pero el soldado se desvanece súbitamente. El caballo lleva al pobre servidor del doctor de Heidelberg muy alto por los aires y, al fin, lo deja caer. El hombre cae cerca de un puente cerca de una de las puertas de la ciudad, donde permaneció varias horas sin conocimiento. Cuando recobra los sentidos comprende lo que ha pasado, y armándose de valor se dirige penosamente hasta la casa de su amo, donde permanece seis meses en cama antes de restablecerse de las consecuencias de su aventura con el diablo.''

TIPOS DE CONTUNDENTE ACTUALIDAD



El maximalista.

EL SECRETO DE LA JUVENTUD

La madre.—Dice que se casará cuando tenga veinte años.
El padre.—¿Y si a los veinte años no halla oportunidad de casarse?
La madre.—Tendrá veinte años hasta que se case.

PELIGRO

—He visto a uno que se parece tanto a ti, que cualquiera lo confundiría siempre contigo.
El otro preguntó alarmado:
—¿Has pagado ya los cincuenta pesos que te presté hace tres meses?

LA SOSPECHA

El tren se detuvo de pronto. Dos coches chocaron. Desperfectos, etc.
—Alguien ha hecho funcionar los frenos especiales para hacer parar el tren en caso de peligro—dijo el maquinista entre un grupo de pasajeros que habían descendido.—Y ahora tendremos un atraso de seis horas.
—¡Seis horas!—exclamó uno de los pasajeros;—¡y yo que tenía que casarme hoy mismo!
El maquinista, soltero a toda prueba, le miró con expresión de profunda desconfianza, murmurando:
—Quisiera saber quién ha hecho funcionar los frenos...

UNA GRAN DIFERENCIA

Un médico renombrado atendía a uno de sus numerosos clientes. Lo despachó en un abrir y cerrar de ojos, como era su costumbre. Al despedirse, el enfermo le estrechó la mano con efusión, diciéndole:
—He tenido mucho gusto en conocerle. Mi padre, Carlos Juárez, me ha hablado mucho de usted...
—¡Ah! ¿usted es Carlitos, el hijo de mi amigo Carlos? Pase, hombre, pase. Tire esa receta al canasto y dígame qué es lo que tiene...

UN PESIMISTA PRACTICO

En la compañía, a la hora del rancho. Un soldado, en seguida de comer su ración, se presenta al cocinero y le tiende el plato para que le sirva nueva ración. El cocinero le sirve. A los pocos momentos se presenta otra vez. El cocinero, un poco disgustado, exclama:
—Parece que usted se ha olvidado que a las cinco volvemos a comer.
—Sí; así me dijeron una vez en casa—refunfuñó el soldado—y a las tres se quemó la casa. No voy a confiar más en el porvenir...

CIERTA ESPERANZA

—¿Le propusiste casarte con ella?
—Sí.
—¿Y te dió algunas esperanzas?
—¡Oh, sí!
—Mis felicitaciones.
—No; me rechazó.
—¿No me dijiste que te dió algunas esperanzas?
—Sí; antes de rechazarme me miró bien tres veces.

LA EXPLICACION

—¡Comprometido con cuatro muchachas a la vez!—exclamó escandalizado el tío.—¿Cómo se explica eso?
—No sé, tío—repuso el joven;—tal vez Cupido me tiró con ametralladora.

UN VISITANTE TRANQUILO

Refiérese que un conocido hombre público norteamericano visitó cierta vez a un antiguo amigo, jefe de registro civil en un pueblo de la campaña. En el curso de la visita se presentó a la oficina una pareja, que iba a contraer matrimonio. El jefe del registro civil procedió a celebrar la ceremonia y terminada ésta y cobrados los derechos, entregó a la recién casada un rico paraguas. El visitante miraba con solemne silencio, pero una vez que se retiraron la pareja y sus acompañantes, preguntó:
—¿Haces eso siempre?
—¿Casar gente? ¡Oh, sí! con tal que venga con sus papeles en orden...
—No digo eso; me refiero a hacer un regalo a la novia.
—¿Un regalo? ¿no era de ella el paraguas?
—No—contestó el visitante,—era mío...

EL REMEDIO

—¿No sabes de algo bueno contra el insomnio.
—Sí, contar hasta mil.

CHISMES



—¿Y qué me dices de Isabelita?
—Debe ser vieja, che, porque se acuerda del tiempo en que los caramelos valían un centavo.

—¡Qué diablos! Todos me dicen lo mismo... pero el bebé no sabe contar.

ECLIPSE

—¡María! ¿qué estás haciendo en la puerta de calle?
—Nada, mamá: mirando la luna.
—Bueno; dile a la luna que se vaya a su casa, que son las once, y entra de una vez.

LA ALEGRIA DEL VENCEDOR

Se celebraba una fiesta cuya concurrencia estaba formada casi totalmente por marineros británicos. De pronto alguien pidió silencio, subió al escenario y anunció que iba a comunicar las últimas noticias de la rendición de la escuadra alemana:
—"Acaban de ser entregados a las fuerzas navales de la Gran Bretaña veinte acorazados alemanes."
Un formidable hurra hizo temblar el edificio.
Sin embargo, uno de los marineros parecía no compartir el contento general. Uno de los compañeros le preguntó:
—¿Qué ¿No te parece lindo?
—Sí, muy lindo—refunfuñó el otro:—veinte cubiertas más para baldear...

CON Y SIN RAZON

Un orador decía:
—El hombre que cede cuando no está en la razón es inteligente; pero el que cede cuando está en la razón...
—¡Está casado!—le interrumpió uno de los oyentes.

TRIUNFO LA JUSTICIA

Un abogado célebre se hizo cargo de un pleito que el cliente creía imposible de defender. El cliente fué a Europa mientras se ventilaba el pleito, dejando órdenes de que se le cablegrafiara informándole del resultado del alegato. El abogado ganó el pleito y envió a su cliente el siguiente telegrama:
—La justicia ha triunfado.
Y el cliente contestó:
—Apele inmediatamente.

ESCLAVO OTRA VEZ

Un caballero que viajaba en Alabama, conversaba con el negro Ned.
—¿De manera que usted era un esclavo?—le preguntó.
—Sí, señor—contesta el negro.
—¿Y después de la guerra obtuvo su libertad?
—No, señor, inmediatamente después de la guerra me casé.

EL DIARIO DE UNA SEÑORITA EN EL VAPOR

—Primer día.—Muchos pasajeros a bordo.
Segundo día.—He conversado con muchos de ellos.
Tercer día.—He conocido al ingeniero jefe.
Cuarto día.—Mis relaciones con el ingeniero jefe se hacen más íntimas.
Quinto día.—El ingeniero jefe pide permiso para besarme. Yo rehuso.
Sexto día.—El ingeniero jefe me dice que si no acepto su atrevida proposición hundirá el buque.
Séptimo día.—He salvado la vida de los cuatrocientos cincuenta pasajeros.

LE ROBARON EL RELOJ

En un banquete dado por el primer ministro, un diplomático se quejó ante su anfitrión de que su colega, el ministro de justicia, le había robado su reloj.
—¡Oh! qué impertinencia, dijo el primer ministro, yo le recuperaré su reloj.
Poco después le devolvía el reloj a su dueño.
—¿Qué dijo?—le preguntó el diplomático.
—¡Oh! El no sabe que lo he recuperado.

DISTRACCION



Ella.—Aquí tiene su anillo! Todo ha concluído entre nosotros. Devuélvame el bucle de cabello que le di.
El (que es dependiente de la tienda).—De esos cabellos no nos quedan más, señorita, pero tenemos de otra clase mejor.

Una curiosa intoxicación

En julio del año pasado fué admitido en el hospital del campamento Johnston, de los Estados Unidos, un enfermo en alarmante estado de cianosis. Sus uñas y labios presentaban un color azul obscuro casi negro. No se quejaba de ningún malestar particular. Mediante un enérgico purgante y reposo en cama recobró rápidamente su color normal, y a las veinticuatro horas fué dado de alta completamente restablecido.

Poco después se presentaron en el mismo hospital varios de estos casos, y todos los enfermos sanaron rápidamente, por lo general a las 24 horas, con el mismo tratamiento que el anterior. Algunos se quejaban de dolor de cabeza, náuseas, mareos y malestar general.

Todos ellos se habían hecho lustrar, o mejor dicho, pintar el calzado con la tinta negra preparada para ese objeto, o se habían puesto botines nuevos. Uno de ellos manifestaba que de sus botines nuevos se desprendía como un vaho que le causaba náuseas. La mayor parte se había hecho lustrar el calzado en un mismo salón de lustrar.

Se obtuvo una muestra de la tinta usada. Era un líquido aceitoso, con cierto olor de almendras amargas que no tardaba en producir una desagradable sensación. En un recipiente abierto se encerró una rata blanca y se colocó cerca del animalito un trozo de algodón humedecido con ocho gotas de la tinta en cuestión. El animal murió antes de las cinco horas. Quedaba así demostrado el efecto tóxico de la tinta.

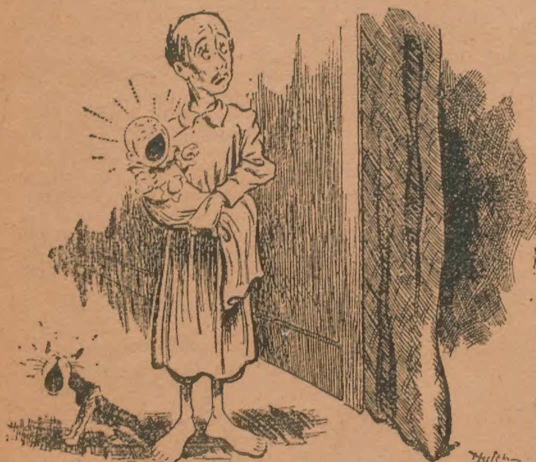
El análisis químico del producto demostró la presencia de nitrobenzol, substancia conocida en el comercio con el nombre de aceite de mirbana. Es éste un líquido aceitoso, con olor de almendras amargas, que frecuentemente produce accidentes de intoxicación en las industrias en que se le emplea, accidentes caracterizados por náuseas y vómitos, dolor de cabeza, tintineo en los oídos, perturbaciones visuales, dificultad respiratoria y cianosis, es decir, coloración azul de las uñas. La tinta había sido preparada con anilina hecha con nitrobenzol. Numerosos casos de esta intoxicación habían sido observados antes, pero nadie atribuía su causa a la tinta del calzado. Por lo demás, sus efectos tóxicos desaparecen después de cuatro o cinco días de uso del calzado.

Plantas que se sumergen en el agua para dormir

Hoy se sabe positivamente por los hombres de ciencia, que muchas flores duermen, exactamente como nosotros, cerrando sus pétalos como nosotros cerramos los párpados, para no abrirlos hasta la mañana siguiente. Pero lo más singular es que hay algunas plantas acuáticas que para dormir se meten debajo del agua como si tuviesen sus alcobas en el fondo. Los blancos nenúfares, por ejemplo, cierran sus flores al ponerse el sol y se sumergen en el agua por toda la noche; al amanecer, los pétalos vuelven a abrirse y la flor flota de nuevo en la superficie.

La Victoria regia se abre por primera vez a eso de las seis de la tarde, y se cierra pocas horas después; a la misma hora de la mañana siguiente vuelve a abrirse, y así permanece hasta el anochecer, cuando se cierra otra vez y se sumerge en el agua.

DOMÉSTICA



Voz de adentro.—¡Juan! ¡a ver si dejas de imitar a ese chico!

Delante de la horca

Esa noche, a las diez en punto, Aleshine, presa de un acceso de fiebre nerviosa e incapaz de continuar aguardando, se precipitó en la casa del sustituto Gorimoff para trasladarse con él a la cárcel. Pero le dijeron que Gorimoff se hallaba enfermo y que había designado a Tekoutoff para que le sustituyera. Aleshine tuvo miedo: "Quizás llegue tarde." Llamó un coche y se hizo llevar inmediatamente a casa de Tekoutoff. Durante un rato llamó a la puerta, muy inquieto. Por fin, sin abrir la puerta, la mucama le dijo que el señor había salido por la mañana temprano para ir al tribunal y que aun no había regresado.

Aleshine dió orden al cochero de que le llevara hasta la cárcel, pero aquí tampoco se hallaba el sustituto y Aleshine no sabía qué hacer: no deseaba regresar a la ciudad bajo ese viento glacial ni entrar en la cárcel cuyas paredes le ahogaban.

Se quedó en el coche, cerca de la puerta, decidiendo esperar allí al sustituto. Hizo levantar la capota y se acurrucó en un rincón, atento al menor ruido: a cada instante creía oír un ruido de ruedas sobre la tierra helada.

De pronto el viento arrastra un ruido extraño. No es de ruedas sino de cascos, de numerosos cascos sonoros que resuenan en el suelo helado. Están cerca. Sin comprender lo que pasa, Aleshine, asustado, saca la cabeza y trata de ver. A su alrededor todo está profundamente obscuro, pero he aquí que arriba, como en medio de las estrellas, aparece la cabeza de un caballo y un jinete; luego, otra cabeza de caballo y un jinete y otra y otra... Unos pasan ya por su lado, a la luz del farol se ve brillar las carabinas a la bandolera; los otros se destacan todavía como negras siluetas en medio de las estrellas. Han rodeado las puertas y los paredones de la cárcel y se ocultan en la obscuridad. Esperan, acechan. Todo está tranquilo. Algún caballo se encabrita un poco, suena un sable al chocar con el estribo y todo vuelve a caer en el silencio.

Aleshine se pregunta angustiado para qué acechan tantas fuerzas, qué tienen, contra quién se despliegan. ¿Es acaso contra los dos hombres a quienes van a ahorcar? Pero no son más que dos, sólo dos y desarmados, y hay aquí tantas carabinas, revólveres cargados, cortantes sables... Además llevan grillos y esposas. ¿Es posible que se les tenga miedo? Pero Aleshine comprende instintivamente que se les tiene miedo. Sí: se siente alrededor de uno una atmósfera de susto que acecha. Aleshine cree que si lanzaran un débil grito, la obscuridad profunda de la noche, sobresaltada por la queja, se iluminaría vivamente con el fuego de la fusilería, resonaría con los disparos y se inundaría de sangre... Aleshine no comprende: ¿cuál es esa fuerza terrible, invencible, sobrehumana, que poseen esos dos seres para que se les tema de ese modo?

Por fin, cuando llegó el sustituto entraron a la cárcel y trajeron a Jakovleff y a Lountz al salón de la dirección. En esa pieza clara se les temía tanto como en la obscuridad. Ambos estaban rodeados por una masa de guardianes de la cárcel. Detrás de la puerta había otros muchos guardianes, todos con expresión huraña y alerta y con un gran revólver al cinto. Eran tantos que Aleshine no pudo ver, al principio, a los condenados. Pero cuando los vió, se asombró. Eran hombres completamente ordinarios; presos iguales a los que se ve todos los días en el tribunal. Jakovleff, alto y flaco, de cara tranquila, y Lountz con su aspecto de niño enfermizo... Pero cuando Aleshine advierte la expresión grave del director de la cárcel y de sus dos acólitos, la cara severa del comisario de policía y de su secretario, la tensión alerta de tantos guardianes, empieza a comprender que Jakovleff y Lountz sólo en apariencia son hombres comunes y que en realidad debe de haber en ellos una fuerza terrible que asusta a todo el mundo.

Esto se manifiesta también en la actitud del sustituto. Ya no es tal como acostumbra a verlo Aleshine en el tribunal. En su cara redonda y blanduzca hay algo de tenso; parece más grande, trata visiblemente de hacer su voz más dura y severa, y dice con tono de penosa solemnidad:

—Les informo que esta mañana, al amanecer, se pondrá en ejecución la pena a que han sido condenados. Si lo desean pueden tomar sus últimas disposiciones y escribir cartas...

Todo está tranquilo. De pronto se oye:

—No tengo que escribir a nadie.

Esas palabras tranquilas, frías y firmes caen en medio del silencio y parecen helar y matar hasta el aire ambiente. Aleshine se estremece y su mirada se clava en el rostro de Jakovleff: es un rostro inmóvil, de una inmovilidad de piedra, que asusta.

Aleshine comprende entonces la razón por la cual asusta y por qué todo el mundo le teme: se siente que apenas toca la tierra con los pies y que se ha separado de ella; que ya ha dejado esta vida y pertenece a otro mundo donde todo es misterio y de donde vienen a la tierra fuerzas que no podrán ser vencidas por los fusiles cargados y los sables cortantes, ni ser amedrentadas por la muerte misma.

Aleshine cree que todos han sentido lo mismo. El sustituto, vejado, pierde un instante su gravedad ficticia y teatral y dice con tono de evidente contrariedad:

—Pero sin duda tiene madre, padre, un hermano...

Eso irrita particularmente al sustituto, que atribuye mucha importancia a la familia, como base principal de la sociedad, y que es un hijo modelo.

Jakovleff se limita a mirarlo fijamente, en silencio, pero de tal manera que Tekoutoff vuelve la cabeza y retrocede un poco, mientras el círculo de guardianes se estrechaba alrededor de Jakovleff.

Lountz mueve las piernas con dificultad; llena la pieza el ruido de sus cadenas; va a sentarse en el lugar que se le indica y se pone a escribir, lívido el rostro, como a punto de desmayarse. Da pena verle, y los ojos de Aleshine se llenan de lágrimas. No se puede evitar que los ojos se humedezcan al ver la manita delgaducha del niño, y la pluma entre sus dedos de cera, que se mueven sobre la hoja blanca arrastrando penosamente la otra mano, sujeta por una argolla de hierro. Al terminar una línea hace una mueca de dolor y transporta sobre el papel las manos amarillas y transparentes retenidas por los terribles brazaletes de hierro.

Ese pobre muchacho no causa miedo. Es todo terrestre. Se ve que le es doloroso dejar la vida. Inspira piedad. Las lágrimas se asoman a los ojos de Aleshine. Y, sin embargo, también se le teme. Aleshine apenas puede creerlo: sí, también se le teme...

Detrás de él, detrás de sus hombros flacos, se eleva hasta el techo la figura amenazadora de un guardián de alta estatura. Se inclina hacia adelante y sus ojos, enclavados en una cara rojiza y barbuda, siguen línea por línea lo que escriben en el papel las dos manos de cera atadas por los brazaletes de hierro. Y en la inclinación penosa de ese cuerpo enorme, en el movimiento obstinado de esos ojos muy abiertos, ¡cuánto temor espectante! Se diría que si la pluma hiciera un movimiento de más, la pieza entera saltaría con todos sus ocupantes.

Hay tal tensión de espanto que, cuando, de pronto, Lountz deja caer la cabeza en las manos, el enorme guardián que está detrás de él se estremece, da casi un salto y se lleva la mano a la culata del revólver. Todos, en la habitación se han estremecido como un solo hombre.

Lountz ha vuelto a levantar el rostro, bañado de lágrimas; tiene ahora los ojos y la nariz enrojecidos y continúa escribiendo. Hace difíciles esfuerzos por escribir, pues se ve agitarse sus delgados dedos de cera, que apenas pueden sostener la pluma y trazan un extraño garabateo.

Todo está en silencio. No se oye sino el rasgueo de la pluma sobre el papel. Alguien abre un reloj, lo cierra:

—Termine. Es hora.

Alechine, que no apartaba la mirada de las manos de Lountz, se estremece al oír al sustituto pronunciar esas palabras. Un calambre contrae los dedos de Lountz que deja caer la pluma. Se oye de pronto ruidos de pasos. Alguien tose, alguien habla. Se llevan a Jakovleff y a Lountz. Aleshine los sigue.



Más lejos, casi en la puerta, el ruido ensordecedor del martillo que golpea los grillos. Aleshine mira con espanto cómo se quiebran los hierros en los cuerpos de los vivos. Cada martillazo le resuena en las sienes y se pone a llorar, oculto en la penumbra de la capilla. Por fin quedan libres las piernas de Jacovleff y de Lountz. Parece la libertad... Es la muerte. Les quitan las cadenas de las manos y les atan éstas brutalmente, con cuerdas, a la espalda.

Ya están en el patio. Aleshine los sigue temblando de emoción. Los hacen subir a un furgón. A su lado, en los bancos, hacen sentar a agentes de policía. Se tiene tanto miedo de ellos, que ponen lonas a los costados. ¡Quieren ocultarlos! El viento agita las lonas y hace vacilar la luz del farol. Aleshine advierte que les hacen algo más. Pero no puede verlo bien... Cree que los atan al furgón. ¡Tienen miedo! ¿De qué?

Parten. Adelante, los cosacos a caballo. A los lados, cosacos a caballo. Detrás, cosacos a caballo.

Aleshine no podía quedarse atrás; fal-

tábale valor para ellos. Los siguió en su coche.

Había que seguir en derechura. En el lugar más escarpado, donde se cruzan algunas callejuelas tenebrosas, hubo que avanzar como en un desfiladero. Un pelotón descendió de sus cabalgaduras y, con el fusil cargado en la mano, se adelantaban acercándose al furgón, prontos a hacer fuego, esperando a cada instante una sorpresa. En la tensión del miedo, se movían lo menos posible.

Cuando entraron en la ciudad, hicieron muchas vueltas y desvíos, eligiendo las calles más desiertas, llenos de temor de que los vieran los habitantes. En todas las bocacalles, en todas partes, habían apostado agentes. Acudían a todas partes. Si aparecía algún transeunte retardado, caían sobre él, tratando de no hacer ruido a fin de que nadie se enterara, lo prendía y se lo llevaban a la estación de policía. Se temía a todo el mundo.

Tan grande era el miedo, que poco faltó para que derribaran de un balazo a un colegial que asombrado y asustado al ver el siniestro cortejo y sin comprender lo que ocurría, no sabía lo que querían de él y no atinaba a moverse de su sitio.

Desesperado y casi llorando por su impotencia, Aleshine dió orden al cochero para que tomara otro camino y se dirigió a la oficina de policía. Era ésta, según la costumbre, el lugar donde debían reunirse. A la una estarían todos allí: el sustituto, el pope, el doctor y él, el secretario que debía levantar el acta. Y de allí partían habitualmente para las afueras de la ciudad, hasta el lugar del suplicio.

En la comisaría, Aleshine se encontró con un sacerdote a quien no conocía, y con el doctor Nariisky, que más de una vez había visto en el tribunal. Se hallaban también presentes el comisario y su secretario.

Estaban sentados y hablaban entre sí. El pope tenía debajo del brazo el Evangelio envuelto en la estola; con su aire atareado de todos los días, decía:

—Permítame que le pregunte, señor doctor, cuál es la causa del catarro intestinal. Tengo un cuñado que...

El comisario hablaba en voz baja con su secretario acerca de un pasaporte extraviado.

Aleshine se acomoda en un rincón, lejos de la lámpara, cuya luz le molesta la vista; apoyado de codos en la mesa, con la cara entre las manos, se oprime las sienes, cierra los ojos, escucha y escucha y no comprende nada. Sólo siente que su cráneo parece que va a estallar de dolor.

Es preciso esperar largo rato al sustituto. Se diría que pasan horas enteras. Por fin se introduce su rolliza persona. Su cara, enrojecida por el viento helado, expresa la satisfacción. Se va a sentar sin quitarse el paletó de pieles. El comisario se le acerca, lo saluda, haciendo sonar las espuelas y como un dueño de casa hospitalario, que a uno que acaba de entrar ofrece algo, le ofrece cigarrillos. Se lleva la mano al bolsillo y advierte que se los ha dejado en casa. Se confunde, no sabe qué hacerse. Fué en otro tiempo brillante oficial de la guardia imperial, mimado y delicado, no puede pasarse sin sus cigarrillos y no fuma más que los de él, preparados especialmente con algún perfume particular.

—¡Dios mío! ¡qué he hecho!—dice con voz afectadamente caprichosa y quejosa. —Perdón, señores; disculpen que los retenga un instante.

Saluda, hace sonar las espuelas, entra en una habitación contigua y se le oye gritar con voz brutal y de cólera la orden a un mensajero para que vaya a su casa y le traiga cigarrillos. Vuelve. El sustituto no dice nada, pues él mismo ha llegado con retardo, pero se nota en la expresión de su rostro que está descontento y que eso le pone nervioso. El pope se dirige a él respetuosamente, sin dejar de tirarse de su barbilla rala:

—Me atreveré a informarme... tendría que dirigir una solicitud al tribunal...

Acaban de traer los cigarrillos.

El primero que se pone de pie es el sustituto y su rostro manifiesta el descontento. Todos se ponen en camino. Adelante, en coche tirado por dos caballos, el comisario de policía con su secretario, acompañados por un jinete. El sustituto ha despedido su coche y va en el del doctor. Advirtiendo ésto, el pope siente también deseos de disminuir sus gastos. En términos confusos pide a Aleshine permiso para subir a su coche y despedir al que lo ha traído. Aleshine accede. Durante todo el camino, el pope le empuja en el costado y se envuelve murmurando:

—¡Qué frío, señor Jesucristo!

El camino es largo. No se ve el fin de esa estepa negra y el cielo sólo se distingue por las estrellas. Aleshine imagina que hace muchas horas que están en camino. Los coches se detienen. ¿Es aquí?

Se divisa luces. Es, al mismo tiempo, muy cerca y muy lejos. No se comprende nada. Parece que es imposible continuar. Hay que bajar de los coches y seguir a pie por un barranco al fondo del cual se ve luces. Sopla otra vez un viento glacial y Aleshine oye apenas que alguien grita que caminen con precaución, pues hay por allí muchas zanjas. Todos avanzan deslizándose con precaución y tratando de no separarse unos de otros.

Con su liviano paletó algodonado, Aleshine apenas evita tiritar. Le parece, en la obscuridad, que está al borde de un precipicio negro. Quisiera volverse, pero el viento lo empuja y es difícil luchar contra él. Está enervado, hambriento, quisiera llorar por el dolor de cabeza, el frío y el miedo. En esta tortura imagina

EL OTRO LADO DE LA CUESTION



—Parece que Alemania quiere que le devuelvan las colonias...
—Pero no he oído decir que las colonias quieran que les devuelvan Alemania.

que ha caído entre bandidos y que éstos, ocultándose en la noche, bajo pretextos mentidos y por la violencia, se han llevado lejos de la ciudad, en medio de ese frío terrible, a hombres atados y sin defensa, para matarlos allí impunemente, sin obstáculo...

Las luces parecen más cercanas. Se divisa ahora a los hombres, negros bajo la luz viva, y luego un pórtico de columpio muy blanco. Aleshine se estremece. Realmente diríase que es un columpio. No puede apartar los ojos de él. Vuelve la cabeza al oír un ruido. Es el pope, a su lado, que levanta los brazos y cae de rodillas:

—¡Oh, señor Jesucristo!

Las luces están a pocos pasos y Aleshine ve que allí también el ruido ha hecho alzar las miradas: los rostros expresan el espanto y los ojos que no ven las luces se dirigen hacia la obscuridad. Los caballos resoplan nerviosamente.

Pero cuando han llegado al sitio mismo, Aleshine experimenta la sensación de que el terror, el frío y el dolor no existen ya: no siente su propio cuerpo; no tiene más que sus ojos en los cuales se graba, como con un punzón, cada detalle, cada rasgo de todo lo que ocurre delante de él.

Hay en el suelo un farol enorme y a su luz muy viva que sube, las vigas de la horca aparecen muy blancas. Entre los postes, una fosa muy larga y muy obscura y dentro hombros y cabezas, y, a un lado, tierra arcillosa recién excavada. Cada terrón se destaca a la luz viva.

El sustituto pregunta:

—¿Está todo pronto?

El comisario de policía habla con un viejecito muy correcto, de mejillas rosadas como las de un niño y una hermosa barba blanca. El comisario está un poco confuso. Se acerca al sustituto con paso vacilante y dice:

—Tengo el honor de informarle que la tumba no está lista todavía.

Aleshine lee en los ojos del sustituto que no comprende lo que le dicen. El comisario agrega:

—Es decir, la fosa...

El sustituto comprende y su cara se congestiona visiblemente. Acuérdase de los cigarrillos del comisario, y dando libre curso a la ira acumulada, grita sin ningún miramiento:

—Mejor hubiese tenido el honor de ocuparse a tiempo de sus funciones, señor capitán. ¡Debía haberlo hecho, estaba obligado a hacerlo, señor capitán!

—Pero, señor, no podía ponerme a cavarla yo mismo...

—¡Sí, podía; sí, señor, podía!

En ese momento el viejo se les acerca. Su cara rosada como la de un niño se contrae por el temor; cruza los brazos sobre el pecho y con gesto suplicante, con acento quejumbroso, murmura:

—¡Excelencia: mis hombres están trabajando desde hace tres horas y apenas adelantan! ¡Están deshechos, Excelencia! La tierra arcillosa helada hasta el fondo se ha puesto dura como piedra. Son ocho, Excelencia, y apenas adelantan.

Hay que esperar que se termine la fosa.

Se oye golpes sordos bajo tierra.

Bum-bum... bum-bum... De vez en cuando uno de los obreros sale de la fosa, y luego otro, con palas y picos en las manos. Están exhaustos. Se secan con la manga el sudor que les corre por el rostro; se sientan un instante en el montón de tierra para respirar una bocanada de aire frío y en seguida vuelven al trabajo en la fosa.

Allí están también Jakovleff y Lountz, esperando, de pie. Pero en ese momento nadie se ocupa de ellos. Todos dirigen su atención al trabajo de los obreros. El comisario se acerca a cada momento y mira el interior de la fosa: pues es preciso que tenga la profundidad legal y él quiere demostrar su celo. ¡Indispensable que todo se haga legal y exactamente! El anciano está más preocupado que él. Se asoma a la fosa repetidas veces. En dos ocasiones ha tropezado con Jacovleff y con Lountz, al pasar, sin notarlos. Se afana y alienta continuamente a los obreros; a cada instante se oye su voz suplicante y dulzona:

—¡Vamos, muchachos, vamos!... ¡fuerza!

De debajo de tierra se oye los ruidos sordos... Bum-bum... bum-bum... bum-bum...

En los ojos de Lountz se ahonda una mirada profunda y fija que arde en su rostro violáceo por el frío. Nada ve, nada oye; se hiela; para conservar el calor salta, sin apartarse de donde está; golpea un pie contra otro; balancea los hombros hacia atrás y hacia adelante y retuerce las manos atadas; se diría que ejecuta una danza insensata antes de la muerte. Danza cada vez más rápidamente y aúlla como un perro atormentado por el frío:

—I-i-i... u-u-u... i-i-i-i...

Y más aun se parece a un perro cuando hace castañetear los dientes de una manera repugnante. Jakovleff está junto a él, erguido como un roble. Parece que él también nada ve, nada oye, nada siente; sólo un leve estremecimiento convulsivo de su rostro demuestra que también le azota cruelmente el viento glacial.

Los obreros salen de la fosa. Están rendidos de cansancio y el sudor les corre abundante por la cara. El comisario echa una mirada a la fosa y la mide a simple vista. La profundidad es la legal. Se acerca al sustituto y anuncia:

—Está listo.

—¿Está listo?—pregunta el otro.

—Está listo.

—Padre, confiéselos,—dice el sustituto.

El pope se acerca y con gesto habitual y aire atareado deshace el paquete, envuelto con la estola, para retirar el Evangelio y la cruz. Jakovleff se vuelve de pronto y le mira en la cara, diciendo:

—¡Váyase; no cometa sacrilegio!

Hay en esas palabras tal fuerza latente, que el pope se aleja, con la estola a medio desenvolver, y baja la cabeza. La emoción oprime la garganta de Aleshine. Lountz sigue ejecutando su danza furiosa sin cambiar de sitio. Su cara cada vez más azulada, expresa la desesperación torturadora del hombre que se hiela.

—¡Lea la condena!

En el primer momento Aleshine no comprende que esas palabras del sustituto se dirigen a él. El otro repite:

—¡Secretario, lea la condena!

Aleshine empieza a leer, apoyándose en una mesa de cocina, de madera sin pintar, sobre la cual hay un gran farol, parecido al que se encuentra en el suelo, al pie de la horca. A las primeras palabras:

—"Por orden de Su Majestad Imperial"...—alguien, en la obscuridad grita con voz ensordecedora:

—Presenten a...a...armas...!

Aleshine se estremece; lee con gran dificultad. El viento glacial hace vacilar la luz sobre el papel; le duelen las puntas de los dedos abotargados por el frío; el contacto del papel es doloroso. Recorre líneas y series de líneas con esfuerzo violento para pronunciar las palabras en alta voz, porque un calambre le inmoviliza los labios helados. Al llegar a la mitad del papel, se detiene; no puede seguir leyendo, los labios ya no le obedecen.

Evidentemente, nadie le ha escuchado, pues el sustituto mismo, creyendo que ha leído la condena hasta el final, dice:

—¡Ejecuten la sentencia!

Aleshine quiere gritar, detenerlos, y no puede hacerlo. Quiere hacer una señal con el papel y se inmoviliza horrorizado, muy abiertos los ojos de mirar vidrioso... pues ya ha empezado... ¡ya ha empezado!...

Llevan a Lountz a la horca. Dos agentes lo han tomado de las manos atadas y lo conducen, y él, yendo hacia la horca, baila y aúlla sin cesar:

—I-i-i... u-u-u... i-i-i...

Ya está en los tablones. Bajo la horca hay dos tablones tirados a través de la fosa. Está sobre ellos y baila. Para que no caiga en la fosa antes de tiempo, le tienen de las manos... ¿Pero, quién es ese? ¿de dónde viene? Despierta, a la vez, curiosidad y susto. Se creería que se está soñando... Es de corta estatura y viste una capa negra y un capuchón que

(Continúa después de la página infantil)

Susana Vargas



Esta graciosa dama joven, perteneciente a la compañía teatral que dirige Pablo Podestá, viene destacándose, desde el principio de la temporada, por la notable labor que realiza, en cuantas obras toma parte. "Cantos rodados", la celebrada producción de Imhoff, donde Susana Vargas desempeña un papel descollante, ofrece oportunidad especial al talento de la artista, para acentuar las envidiables aptitudes escénicas que posee y poner de relieve el temperamento artístico de que se halla dotada.

Son, pues, justificados y merecidos los constantes triunfos que alcanza esta artista y los muchos aplausos con que el público premia, noche a noche, su inteligente trabajo escénico.







LOS BASKOS

Entrega del árbol de Guernika al pueblo de Buenos Aires



Placa de bronce que será colocada en el salón de actos de Laurak Bat.

Baskonia, pueblo más altivo que la Historia, asentado desde la dispersión de los hombres—según la leyenda—en el corazón y en ambas vertientes de los Pirineos, pueblo cuyos hijos son guerreros en sus riscos cuando su independencia peligra, zagales en sus breñas, y labradores en sus llanos cuando el mundo los olvida, y poetas siempre, porque son "versolaris" que cantan en su lengua milenaria desde las viejas epopeyas hasta las trivialidades de la vida. Baskonia tiene un símbolo que es el árbol de Guernika. Los baskos no lo adoran como a un ídolo, porque son cristianos, pero lo veneran como algo que, después de Dios, es para ellos lo más sagrado.

Los fueros baskos no son prerrogativas ni regalías graciosamente otorgadas por los gobiernos de España y de Francia, como ha querido propalarse para desfigurar el problema basko y desvirtuar sus derechos. Son sencillamente libertades propias, legislaciones que según la tradición y las costumbres se ha venido dando libremente a sí mismo un pueblo autóctono desde que se establecieron en los Pirineos los primeros pobladores, racialmente distintos de los demás pueblos que le rodean y que después de los eúskaros fueron a establecerse en las Galias y en la Iberia.

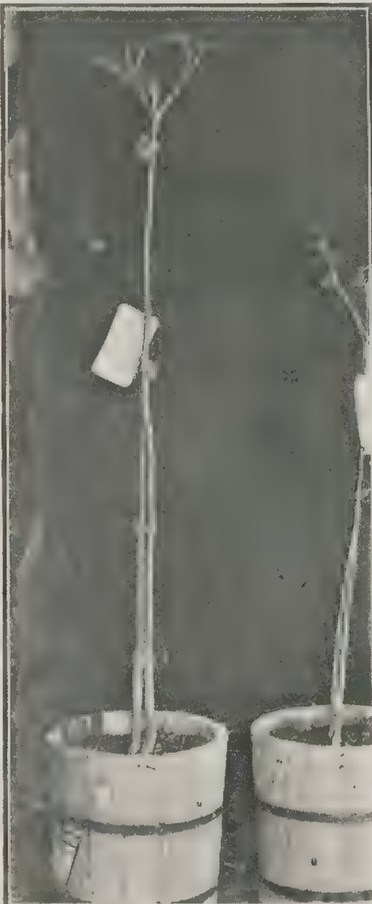
Y no se crea que estos fueros, originariamente propios, son tan sólo una muerta reliquia de la historia antigua; han existido con una constitución políticamente efectiva y—al igual que la lengua y la raza—diferencial de la constitución española, desde los tiempos prehistóricos hasta el año 1876, en que fueron abolidos por el gobierno de Madrid. Prueba de ello es que Fernando V e Isabel la Católica y, en nuestros tiempos, Fernando VII e Isabel II, no se titulaban genéricamente reyes de España abarcando en ese título su soberanía sobre los pueblos baskos, sino que tenían que ostentar, además de los propios, los títulos de reyes de Navarra, señores de Biskaya, etc., que les concedían los Estados baskos después que aquellos habían jurado ante las Cortes y Juntas respectivas guardar y defender los fueros de dichos pueblos.

Las tradiciones del pueblo basko, su lema **"Jaungoikoa eta lege zarra"** y sus aspiraciones actuales están sintetizadas en un símbolo que es el Arbol de Guernika. Este ha sido testigo de los Juramentos que bajo sus ramas han hecho todos los reyes de España para poder ser reconocidos como señores de Biskaya. Actualmente se conserva en una vitrina, frente a la casa de Juntas de Guernika; su retoño, viejo ya también, florece cerca del añoso tronco, prodigando su sombra venerable al antiguo palacio de las leyes.

Actual árbol de Guernika y Casa de Juntas, donde se juraban los fueros.



Jura de los fueros por Isabel la Católica, bajo el árbol de Guernika, el 14 de octubre de 1473.



Retoño del árbol de Guernika, que será plantado el día 11.



Verja que la Sociedad Laurak Bat ha hecho colocar alrededor del monumento a don Juan de Garay. Dentro del semicírculo será plantado el retoño.



Monumento a los Fueros de Navarra (uno de los Estados baskos) que fué erigido en memoria de la resistencia de aquel pueblo, cuando el gobierno español trató vanamente de abolir las libertades en 1893.



Señor Niceto de Echeganucia, presidente de la Sociedad Laurak Bat.



Señor Francisco A. Fernández, secretario de Laurak Bat.



José María Iparraguirre, autor del himno "Guernikako arbola", que será cantado por el Orfeón basko, ante la estatua de Garay. Iparraguirre fué conocido en Londres, París, Montevideo y Buenos Aires, con el sobrenombre de "el bardo eúskaro".

La colectividad eúskara tiene aquí su representación en la sociedad "Laurak Bat". Esta institución cuenta 42 años de existencia, pues fué fundada como protesta de los baskos residentes en la Argentina contra la abolición de la autonomía de aquel país. La "Laurak Bat", ha querido hacer un obsequio al pueblo de Buenos Aires ofreciéndole lo más sagrado que tienen los baskos, o sea un retoño del auténtico árbol de Guernika. Este será entregado a la Intendencia de la capital, y plantado al pie de la estatua de don Juan de Garay, fundador de Buenos Aires. La sociedad ha hecho colocar alrededor de la estatua una valiosa y artística verja que preservará al árbol santo de todo contacto profano. En la estatua será colocada una placa de bronce con la siguiente inscripción:

Aritz au da guernikako arbolaren urtemea senestatutendu bere autakiñ euskaldunak. (Este roble vástago del árbol de Guarnika simboliza las libertades baskas). Además de esta solemnidad, la "Laurak Bat" colocará en su casa social propia, Belgrano 1144, una placa de bronce, obra del escultor Fioriavanti, con la siguiente leyenda: "La sociedad "Laurak Bat" a los guerreros del pensamiento que defendieron en el parlamento las libertades eúskaras."

Enrique **HERNANDEZ AGUSTINO.**

EL CRIMEN IMPUNE

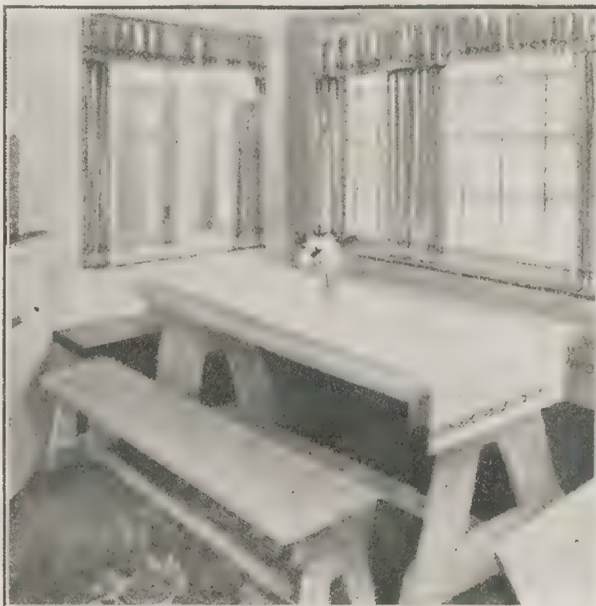


¿Ha olvidado la Conferencia de la Paz el caso del "Belgian Prince"?

UN NUEVO CONFORT DE LA CASA

EL CUARTO DEL DESAYUNO

En lo mejor que se puede invertir el dinero y el buen gusto es en hacer la casa cómoda y atrayente. Dicen que el encanto del hogar es una necesidad para un espritu delicado y que tiene realmente una seducción indefinible para la gente que se aparta, por temperamento, de las diversiones ruidosas, de la vida social, que es en definitiva "pura parada" y de tantas maneras vanas y ostentosas de matar el tiempo a mansalva. Todo lo que contribuye a hacer agradable la permanencia en el hogar, tiene, pues, un sentido moral. Ultimamente se ha inventado—esta es la palabra—una nueva dependencia para la casa. No es indispensable y nuestros padres no sintieron su necesidad, pero es cómoda, y su instalación cuesta relativamente poco. Es el cuarto del desayuno. Para tomar la leche de la mañana, el té de la tarde o las ligeras colaciones "a la minuta" no vale la pena desordenar el ceremonioso comedor, ni resulta agradable servir en la cocina, donde se está preparando la comida. Entonces en un cuartujo contiguo a la cocina, se instala el "cuarto de desayuno". No necesita ser muy espacioso: bastaría que tuviera unos dos metros por dos y medio. El techo bajo le da cierta confortable interioridad. Su moblaje no puede ser más simple: una mesa y dos bancos, éstos fijos en la pared, pero esa mesa y esos bancos serán de elegante diseño, aunque muy sencillo, como los que muestran los grabados. Se los pintará de colores claros. Una ventana baja, con cortinas corredizas de cretona o lienzo claro, da luz y alegra, permitiendo ver afuera. Sobre la mesa, hará simpático acto de presencia un artístico vaso con flores. Y si el interesado quiere más "confort" en tan reducido espacio, puede colocar un angosto estante que corra por la pared a la altura de la parte superior del marco de la ventana o más bajo, en el que colocará floreros y jarras o platos artísticos pero sencillos y baratos. El piso puede ser de mosaicos, como el de la cocina, o cubierto con linóleo; las paredes pintadas de colores claros—un color marfil, por ejemplo—y preferiblemente al aceite.





Celebridades del cine



Jack Pickford.



Enid Bennet.



Marguerite Clark.



Rosemary Theby.

PAISAJES CORDOBESES



Alrededores de La Calera.



Una residencia particular junto al pueblo de Anizacate.

FOOTBALL



Los jugadores argentinos que marcharon al Paraguay, el domingo 4 del corriente, a bordo del vapor Bruselas, con objeto de actuar en los partidos internacionales que habrán de realizarse en aquella República.

ACTUALIDAD EXTRANJERA



En Shangai, China, las autoridades han procedido a dar cumplimiento a la ley que prohibe el consumo y la venta de opio, inutilizando por el fuego, en hornos especiales, enormes cantidades de esa droga, avaluadas en 25 millones de pesos oro.

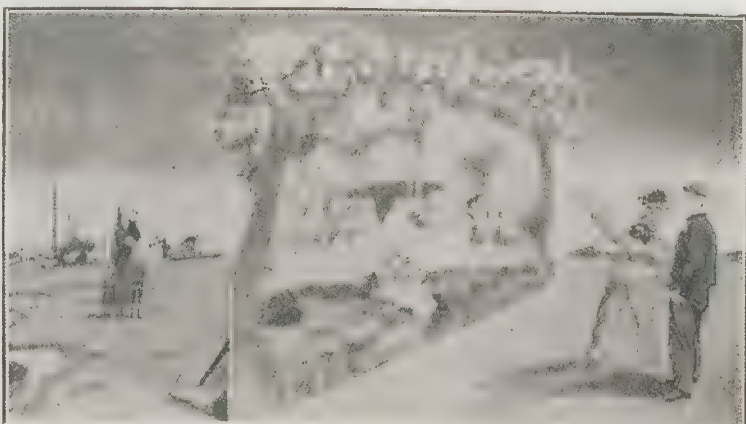


El "Grand Hotel Britannique" de Spa, Bélgica, donde el ex kaiser firmó su abdicación. Una cruz señala el salón donde se verificó el acto.



Lo que se ve actualmente en el campo para siempre histórico y glorioso de la batalla del Marne.

PROPAGANDA MAXIMALISTA

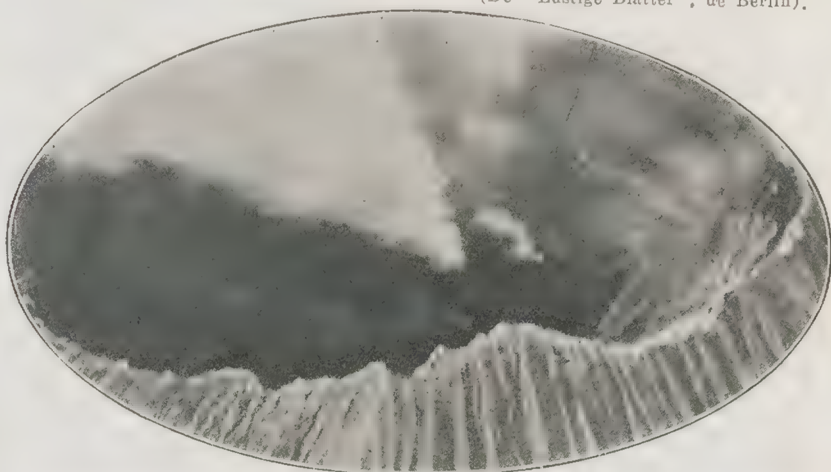


—Contempla, alemán: con el maximalismo puedes tener una vida como esta... (Cuidado no se caiga el papel pintado).

(De "Lüstige Blätter", de Berlín).



Un curioso accidente marítimo. Este barco patrullero británico fué llevado por una violenta tempestad contra los paredones de la costa de Bembridge Ledge, donde se partió en dos: una mitad se hundió por completo y la otra quedó tumbada en la playa.

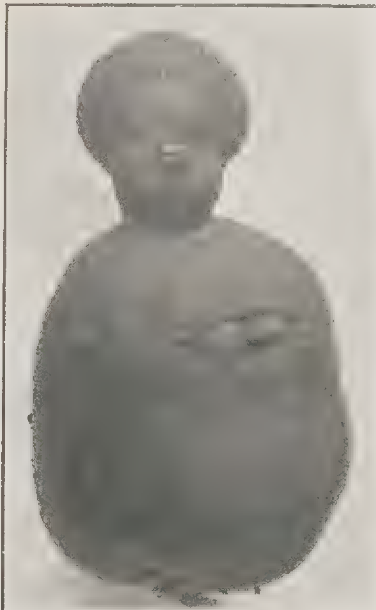


El cráter del Vesubio fotografiado desde un aeroplano.



En Berlín. Representantes del gobierno y de los espartaquistas discutiendo un acuerdo en la vía pública, durante un momento de tregua pedida por la bandera blanca, hecha con una cortina, que lleva uno de los representantes.

Otra papa ejemplar



Como nueva muestra de que la familia de las solanáceas se halla en tren de perfeccionamiento físico, ofrecemos este ejemplar brotado a la vida en la granja que el farmacéutico señor Mario Cariola posee en Correa.



La crítica más severa considerará el perfil del tubérculo digno de cualquier encumbrada dama del Congo.

EL NUEVO ADMINISTRADOR GENERAL DE LOS F. F. C. C. DEL ESTADO



El señor Jorge J. Muñoz, recientemente nombrado administrador general de los Ferrocarriles del Estado, y el señor Baltasar Robles, su secretario privado.

GENERAL RODRÍGUEZ



Miembros de la comisión organizadora de la fiesta popular realizada en beneficio del panteón de la Sociedad Española de Socorros Mutuos.

Fot. de N. Talocchi.

ROSARIO



La manifestación realizada el primero de mayo, desfilando por la calle Córdoba.

Fot. de J. Gaspary.

La otra estatua de la Libertad



Desde que los Estados Unidos entraron en la guerra, la estatua de la Libertad que se levanta en el puerto de Nueva York ha sido reproducida repetidas veces. Ciertamente es la escultura que mejor representa el espíritu de ese país y su amistad con Francia, nación que regaló a los Estados Unidos dicha estatua. Esta ha vuelto a Francia en forma de una reproducción de tamaño menor, que ha sido erigida recientemente en una plazoleta de Burdeos.

DE CACHEUTA


Señora de Avellaneda.


Señoritas de Graciarena e Iturralde.


Señorita de Gramajo.


Familias de Erero, O'Connor y Carvalho.




Señor Bousson y señora.


Señoritas de Apaolasa y Graciarena.


Señorita Elena Carvalho.

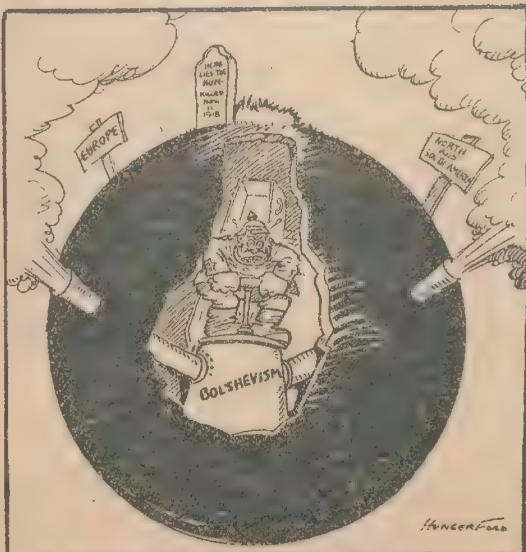

Doctor Gramajo y señores Ponisio y Castelli.


Señoritas de Zuberbhuler y Shaw y señores Egusquiza y Margotti.


Señor Eduardo Acosta.


Tejiendo para los pobres.

NO SE ARREPIENTE



"Aquí yace Alemania. Falleció el 11 de noviembre de 1918" o un cadáver que vive.

(De "Pittsburgh Sun".)

El asesinato de Kurt Eisner, primer ministro bávaro, aparta toda duda acerca de la existencia en Alemania de un poderoso movimiento de propaganda. Eisner fué uno de los pocos que tuvieron el valor de decir al pueblo la verdad sobre los culpables de la guerra. Había hallado en los archivos de Munich documentos que atribuían definidamente esa culpabilidad al kaiser y a su camarilla de "junkers". Su fidelidad a la verdad le costó la banca a que tenía derecho en la asamblea constituyente de Weimar; pero en la conferencia socialista internacional de Berna reiteró su aserto de que el gobierno imperial de Berlín hizo estallar la guerra. Se puede agregar que los socialistas alemanes que asistieron a esa conferencia recibieron fríamente las declaraciones de Eisner que culpaban al autócrata alemán y su círculo.

El asesinato de Eisner no fué simplemente obra de los reaccionarios; no fué un incidente de un complot para derribar los actuales gobiernos alemanes y restaurar a los gobernantes anteriores. En este sentido el fracaso de ese golpe local habría sido evidente aun para un junker alemán. No; el asesinato de Eisner, en vez de ser una explosión del espíritu de reacción, tenía su motivo en el propósito de acallar la voz más antikaiseriana de Alemania.

Incidentes como el de Eisner no tiene, sin duda, relación con el actual gobierno, pero su mismo aislamiento confirma la sospecha de que si la nación alemana estuvo unida en la prosecusión de la guerra, el pueblo entero está ahora también unido en sus esfuerzos para evitar las consecuencias de la derrota de esa misma guerra.



Qué me importa... Yo no estoy derrotado.

(De "New York World")



Siento mucho... (no haber ganado).

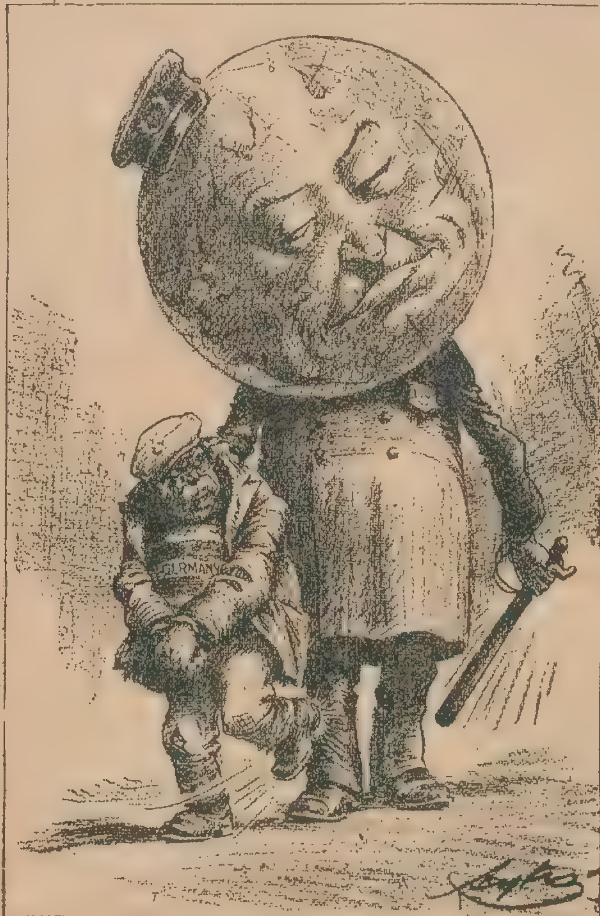
(De "Baltimore American".)

ahora a los prisioneros de guerra alemanes".

Y más tarde se atreve a hablar de igualdad económica con Bélgica y de acuerdo económico con Francia; es decir, con dos países saqueados y arruinados por Alemania y cuya total destrucción económica persiguió furiosamente Alemania. Se indignan, siempre por boca de su ministro, de las medidas de restricción económica que suponen han de imponerles los aliados y reclaman la misma igualdad comercial para Alemania, Bélgica y Francia... "No aceptaremos, agregan, un tratamiento diferente".

La misma orientación tiene la propaganda, en diversas formas emitida, a fin de salvar al ex kaiser del castigo de sus crímenes y presentar a los aliados como sanguinarios perseguidores del "pobre" monarca destronado.

Esa resistencia a reconocer la culpa colectiva de la guerra y de los excesos de todo género que en ella cometieron, la arrogancia con que comentan las cuestiones derivadas del armisticio y la pretensión de tratar en pie de igualdad y hasta de superioridad con las naciones que los vencieron, parecen indicar que aun en el espíritu de los alemanes no se ha posado la justiciera mano del arrepentimiento y predomina todavía una actitud absurda que en definitiva sólo a ellos ha de traer complicaciones. Porque la realidad es más fuerte y decisiva que los desplantes y las actitudes teatrales.



Sigue pateando.

(De "Philadelphia Public Ledger").

La propaganda adquiere ahora la forma de lamentaciones sobre las penalidades que han de ser impuestas como reparación y restitución. El mismo presidente Ebert es culpable de haber hecho amenazas para el caso de que se llevaran a efecto las severas medidas que se prevén contra Alemania, y su ministro de relaciones exteriores, von Brockdorff-Rantzau ha declarado su opinión en estos términos beligerantes: "Desgraciadamente el desarme voluntario de Alemania no ha apaciguado a nuestros enemigos que recientemente trataron de solucionar, sobre la base del desarme, cuestiones que pertenecen a la conferencia de la paz. He rechazado y continuaré rechazando esas tentativas que tienden a la disolución de nuestra antigua fuerza militar y la sustitución de nuestro antiguo ejército de paz, que puede ser empleado en el este, por nuevas fuerzas republicanas".

Nada ha sido descuidado por la propaganda alemana en su propósito de colocar a los aliados en la posición de persecutores y de apelar a la simpatía del mundo desempeñando el papel de pobre víctima. Después de acordar en el armisticio que los prisioneros alemanes quedarán en poder de los aliados y que éstos los emplearan en trabajos de restauración de las regiones devastadas tan injustificablemente, Alemania protesta por boca de su ministro de este acuerdo que le parece una medida opresiva de los aliados: "Si reconstruímos, dice, lo que he hemos destruído en los territorios que ocupamos, lo haremos con nuestro trabajo voluntario. Protestamos contra la esclavitud que se impone

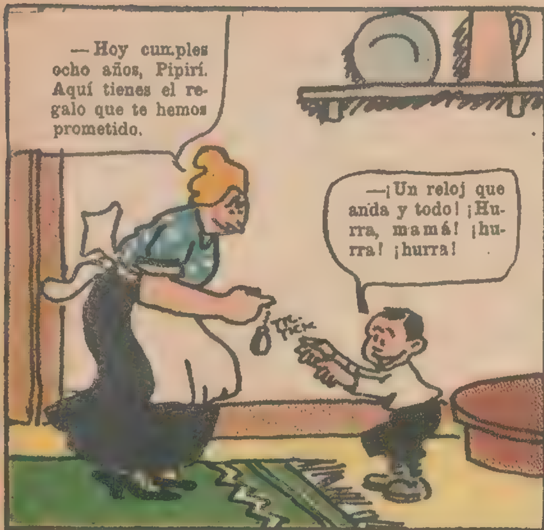


From L'Asino, Roe

Cuidado. Debajo del gorro frigio puede haber un pangermanista militarista.

(De "L'Asino". Roma).

PÁGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí

























(Continuación de DELANTE DE LA HORCA)

le cae sobre los ojos. Una cuerda le sirve de cinturón. Los ojos y la nariz están cubiertos por una máscara negra que le llega hasta la boca, sobre la cual asoma un bigotillo rojizo. Se acerca vivamente; pasa el nudo corredizo por la cabeza de Lountz; se lo deja caer sobre los hombros y lo arregla alrededor del cuello flacucho. Tan flacos son los hombros y tan agobiados, que el lazo no cae bien. Una voz pregunta:

—¿Ya está?

Otra responde:

—Ya está.

Y ahora ¿qué sucede? Lountz está tranquilo. Ya no salta de frío. Se alarga, se alarga... Parece que se ahoga como alguien que traga demasiado ligero; por las comisuras de los labios desmesuradamente ensanchados expira el aire fuerte y ruidosamente: pfff... pfff... En seguida calla. Inclina la cabeza sobre el pecho, un poco a la izquierda... Está tranquilo e inmóvil. Apenas toca con la punta de los pies el tablón en que saltaba un instante antes. Parece que quisiera arañar la tabla con los dedos; pero no lo consigue. Se estremece apenas... y se eleva en el aire, se eleva con la cuerda. ¡Ay! ¡qué horror!, el otro estremo de la cuerda ha sido empuñado por muchas manos que tiran y tiran con violento esfuerzo. Se oye el ruido de las botas que resbalan y pisotean la tierra helada, tratando de afirmarse... Da miedo. Sin embargo, Lountz, que se balancea colgado de la cuerda se ha elevado muy poco sobre el nivel del suelo.

Entonces, para ayudar a los que tiran, el hombre raro y temible, se precipita hacia Lountz, lo abraza por detrás, debajo de la cintura, lo levanta y lo sostiene así durante cerca de un minuto. Los obreros arrollan el otro extremo de la cuerda en uno de los postes de la horca. ¡Dios mío! ¿qué hace ahora el hombre raro? Tira con fuerza, hacia abajo, del cuerpo de Lountz, se cuelga de él, habiéndolo agarrado con sus ganchudas manos de mono...

Es para romperle la columna vertebral. El comisario mismo vuelve la cabeza y hace como el que no ve. Aleshine lanza un gemido.

Lountz está quieto. Con la barba apretada fuertemente la cuerda sobre su cuello, y gira levemente, empujado por el viento y libre ya de las manos de mono. Pero sus ojos son horribles: se han dado vuelta por completo... sin pupila, blancos, blancos como la leche.

Y ahora ¿qué pasa? ¿por qué? ¿qué hay? Aleshine cree que va a perder la razón. El hombre de las manos de mono, quita rápidamente al ahorcado los pantalones y los pone al borde de la fosa. En seguida los calzoncillos. Le desata las manos y le quita el saco y luego el gorro de piel que aun tiene en la cabeza. Lo despoja de todo eso con gestos groseros y bruscos...

Y el niño queda colgado con solo una camisa corta sobre su cuerpo, balanceado suavemente por el viento, el vientre hundido y salientes las costillas, presenta al viento glacial ya un costado, ya el otro. Aleshine siente una vergüenza dolorosa al mirar el lamentable cuerpo desnudo del joven, pero al mismo tiempo no puede apartar los ojos de él, ni comprender por qué siente vergüenza. Mientras el cuerpo, vivamente iluminado desde abajo por el farol grande, muestra su desnudez y la suciedad de los miembros que por mucho tiempo no han sido lavados, las manos de niño, flacas, tendidas hacia adelante, se aparian rígidas en un gesto de asombro.

Todo está tranquilo, tan tranquilo que se puede creer que allí no hay nadie más que él. Sólo, a ratos, algún caballo piafa en la obscuridad, inquieto y nervioso.

Ya ha pasado un cuarto de hora. Impacienta esperar. El comisario saca el reloj y oprime el resorte de la tapa. Es temprano aún. Faltan seis minutos. La ley lo exige.

Y otra vez todo queda tranquilo. Todos esperan inmóviles, reteniendo la respiración. Sólo el cuerpo desnudo de Lountz no puede estar tranquilo y girando lentamente en la cuerda, presenta al viento glacial ya un costado, ya el otro...

Se oye de nuevo abrir y cerrar el reloj del comisario, y en seguida éste se dirige al doctor, diciendo:

—Si quiere...

El doctor avanza lentamente. Llega a la tabla sobre la fosa y prueba su solidez con el pie, agachándose para hacer fuerza. Bajo la presión, la tabla apenas cede. Entonces se acerca al cuerpo de Lountz y tendiendo la mano le tantea las sienes, luego el sitio del corazón, y aplica la palma sobre los pies que han adquirido un color de hierro fundido...

—Está muerto...

El hombre enmascarado parece alegrarse. Salta y levanta el tablón puesto sobre la fosa. En seguida toma por la empuñadura el sable de uno de los cosacos y lo desenvaina. Da un salto, tira un sablazo por encima de la cabeza de Lountz y el cuerpo cae pesadamente al fondo de la fosa con ruido sordo, donde queda para siempre escondido, para siempre deshonrado, ultrajado y lamentable hasta hacer llorar.

Aleshine llora silenciosamente, puesta la mano sobre los ojos...

Oye decir:

—¡Traigan el otro!

Aleshine aparta la mano de los ojos y mira con terror. Los agentes se han apoderado ya de las manos atadas de Jakovleff y de los brazos. Súbitamente, con movimiento nervioso y violento, Jakovleff sacude los hombros, se libra de las manos que lo agarran y dirigiendo a los agentes una mirada de cólera, exclama:

—¡Dejen! ¡Iré solo!

Los otros se apartan, sumisos. Da un paso hacia la horca y se detiene. Alto, muy alto, sobrepasa de una cabeza a todos los presentes; se vuelve y mira a su alrededor.

A la viva claridad de los dos grandes faroles se distingue su cara pálida, blanca, agotada. Una sonrisa irónica aparta convulsivamente sus labios violáceos, una sonrisa de abrumador desprecio, sonrisa de triunfo. Tan horrible es esa sonrisa a dos pasos de la horca que lo espera, que Aleshine vuelve la cabeza, poseído de doloroso espanto.

Pero en ese momento la sonrisa de Jakovleff no se detuvo sólo en su rostro: como un espasmo de alegría atravesó todo su cuerpo, retorció todo su cuerpo en una convulsión.

Sí. Festeja su victoria. No quiere ya, ni puede, ocultar su triunfo. Acaba de ver la misera bajeza de los que lo rodean y siente en el corazón la próxima victoria definitiva de su idea, a la cual ha dado toda la sangre de su cuerpo y a la cual dará, dentro de un momento, su último latido... Oh! si se hubiesen precipitado con rabia, con ira, con gritos furiosos sobre el infeliz muchacho y si lo hubiesen hecho pedazos, poseídos de furor... entonces sí habría temido por su idea. Pero se habían reunido allí cerca de un centenar para ahorcar a un pobre muchacho indefenso, para ahorcarlo metódicamente, con indiferencia. A fin de que no se les impida hacerlo, se han reunido allí ocultándose como ladrones, lejos de la ciudad, de noche, en un frío cruel, mirando a su alrededor, silenciosos, lamentables, pequeños y cobardes. Para que no se les impida proceder impunemente han apostado soldados en las calles de la ciudad dormida y en la estepa. Dicen que nada hay más vil que un bandido que asesina. No es cierto. El que asalta a otro y le mata, arriesga su propia vida y mata cegado por el interés o el odio. Pero ¿y ellos? Primero, han atado a ese pobre muchacho, después lo han ahorcado metódicamente, indiferentes, sin la menor necesidad de parte de ellos, sin el menor odio contra él. Por último han despojado el cadáver como ladrones. Se han quitado todo, hasta su ropa sucia. Han ultrajado el cadáver y la mano no ha temblado, no se ha detenido ante ese sacrilegio. ¿Quiénes han hecho eso? Un médico, un sacerdote que llevaba la cruz. ¡Ah! esos enemigos no son peligrosos. Son débiles hasta causar lástima. Semejante certidumbre le impide temer la muerte. Jakovleff comprende que es fácil morir...

Da dos largos pasos hacia la horca; ya está sobre el tablón que se dobla un poco, alto, derecho, erguida la cabeza con altivez...

Con esfuerzo terrible hace un brusco movimiento y las manos flacas, rígidas por el frío, crujen y hacen saltar las cuerdas cubiertas de escarcha. El otro, el que tiene las manos de mono, se precipita hacia él. Lo aparta con un gesto lento y sereno. Toma el nudo corredizo que cuelga por encima de su cabeza, lo alarga un poco y se lo coloca sobre los hombros; lo ajusta de modo que el extremo de la cuerda quede precisamente sobre la nuca, y dice:

—¡Está listo!

Todos permanecen mudos e inmóviles de estupor. La cuerda no se tiende. Jakovleff, con el nudo corredizo en el cuello, vuelve la cabeza y dice con tono tranquilo pero imperioso:

—Ya he dicho: ¡está listo!

—¡Señor Jesucristo!—exclama alguien. Otro gime:—¡Oh! ¡oh! ¡oh!—y se oye otra vez:

—¡Señor Jesucristo!

La cuerda se agita sobre la cabeza de Jakovleff... una... dos veces... sube...

Aleshine estalla en sollozos y se cubre el rostro con las manos endurecidas por el frío. Y cuando aparta las manos ve a su alrededor, a través de las lágrimas, una agitación que no comprende. El pesado cuerpo de Jakovleff está en la fosa hasta las rodillas y se hunde en ella a plomo. Pero el que tiene las manos de mono y el doctor toman a Jakovleff por debajo de los brazos y tratan de alzarlo. Ambos se agachan en el esfuerzo violento y es extraño e impresionante verlos uno al lado del otro, a "aquel" y al doctor... Realmente terrible verlos unidos en la misma tarea, hombro contra hombro y tocándose sus manos en el cuerpo de Jakovleff. Pero por encima de su cabeza la cuerda se balancea impotente, pendiendo floja de la argolla. En el otro extremo de la cuerda hay un tumulto. La voz chillona del vejete, grita:

—¿Qué han hecho, demonios? ¡Malditos demonios! ¿qué han hecho?

Lo que ha ocurrido es muy sencillo: los obreros, con sus dedos abotagados, no han podido retener la cuerda dura y escarchada, llevada por el peso del cuerpo de Jakovleff. Dos obreros se aferraron a ella, pero el cuerpo colgado los había arrastrado, hundiéndose en la fosa lenta e irresistiblemente.

El verdugo y el doctor hacen los mayores esfuerzos. El instinto del médico ha hablado con violencia invencible en Nariinsky: Jacovleff vive todavía, vive y baja a la tumba. En el verdugo se ha despertado el verdugo: Jakovleff baja a la tumba y no está todavía estrangulado... Y los dos tratan de retirarlo. El sustituto, desconcertado, está junto a ellos. Toca al doctor en el hombro, en la espalda, y murmura con acento suplicante:

—Ivan Antonovicht, ¿qué está haciendo?... ¡Oh, Ivan Antonovicht! ¿qué hace?... Deje, por favor...

Los obreros han recobrado su energía. Se envuelven la cuerda en las manos y tiran todos juntos a un tiempo, apoyando firmemente las botas en la tierra helada. El cuerpo de Jakovleff se eleva. Ya está en los brazos del doctor y del verdugo. El doctor lo atrae hacia sí. El verdugo quiere impedírselo.

—¡Deja! ¡deja!—grita el doctor.

Sostiene a Jakovleff en los brazos, lo deposita con precaución en el suelo y se arrodilla junto a él. Se inclina y examina a Jakovleff; éste ha caído en un desvanecimiento profundo.

Y después... Aleshine lo recuerda siempre con un estremecimiento. ¡Qué monstruosa escena!

El verdugo tira hacia sí el cuerpo de Jakovleff; el doctor hace lo mismo tratando de llevárselo para su lado, mientras grita con voz completamente cambiada:

—No te lo permitiré, ¿oyes? ¡No te lo permitiré!

El sustituto interviene, pero el doctor sigue gritando, sin escuchar a nadie:

—¡No lo permitiré! Como médico, estoy obligado por el juramento prestado... ¡No puedo permitir que se ahorque en mi presencia a un hombre desmayado! ¿Oyen? No puedo...

¡Ah, lo que pasó en seguida! Aleshine recordaba que hasta él mismo había comenzado a gritar algo. El sustituto, fuera de sí, gritaba furioso:

—Antes debió pensar que es médico, ¡antes!...

—No lo permitiré... no lo permitiré.

—Y yo le advierto que no ha venido aquí para cuidar enfermos. Bien sabe para qué ha venido. ¡Bien lo sabe! Y yo soy quien manda aquí. ¡Yo, no usted! ¡Yo!

En seguida hizo un gesto de abandono. El doctor dió orden de traer un poco de nieve.

Permanecía junto a Jakovleff grave y preocupado, como junto a la cabecera de un enfermo.

No se podía hallar nieve en ninguna parte en la estepa negra y helada. Por fin, un agente vino con un puñado de nieve hallada en el fondo de una zanja. Siempre grave y preocupado, el doctor frotó con ella, lentamente, las sienes de Jakovleff...

Cuando Jakovleff abrió los ojos, volvieron a ponerle la cuerda en el cuello...

Ya está colgado, girando a los impulsos del viento glacial, ese cuerpo despojado, flaco, blanco, grande y esbelto.

Cae suavemente en la fosa, sin ruido, pues no cae directamente en el fondo, sobre los terrones, sino sobre el cuerpo de Lountz...

El sustituto dice:

—Señor secretario, levante el acta.

La tinta se endurece por el frío en la pluma de Aleshine. La entibia con su aliento. La lleva al papel: la tinta está otra vez endurecida. La contrariedad, el enervamiento, los esfuerzos, le hacen devorar lágrimas.

—¡Señor centurión!: le ordeno que tome mis armas e informe al comandante de la plaza... para que me deje detenido. Me he unido a ustedes para matar a un hombre...

Aleshine levanta la cabeza. Es el doctor quien habla así, el doctor completamente transformado, que presenta con ambas manos su sable a uno de los oficiales.

El sustituto toma la palabra:

—¡Ah! ¡Ivan Antonovicht! ¡Ivan Antonovicht! Basta ya, se lo ruego... Demasiado ha hecho, pobre hombre de nervios débiles... Parece mentira que sea médico. ¡Vayamos, vayamos!...

Hace bajar al doctor las manos que sostienen el sable; el doctor no resiste; lo toma por la cintura, lo empuja suavemente hasta el coche y sube con él...

M. BORETZKY.

VIRTUDES DOMÉSTICAS



El tacto femenino.

La presión arterial y la digestión

Tras una serie de experimentos sobre la presión arterial durante la digestión, por medio del oscilómetro de Pachon, el doctor Lleper ha comprobado que dicha presión sufre tres variaciones principales: en primer lugar una elevación, luego a los tres cuartos de hora de la ingestión de los alimentos, un descenso seguido casi en seguida de una nueva elevación que alcanza el máximum a las tres horas.

La cantidad y la calidad de los alimenmentos, la facilidad de asimilación y de absorción intestinales, la rapidez de la eliminación urinaria son otros tantos factores susceptibles de influir sobre estas variaciones.

Cuanto más considerable es la masa alimenticia, mayor es la hipertensión inmediata causada por la distensión del estómago. La hipertensión es muy fuerte con ciertos alimentos como las carnes y la sal que excitan poderosamente la secreción gástrica y más débil y pasajera con la leche y las pastas. Los alimentos salados y el alcohol al aumentar la insuficiencia renal, prolongan la hipertensión tardía. Como conclusión práctica, los sujetos que tienen hipertensión arterial deben evitar la ingestión de grandes cantidades de alimento y de bebida. Los enfermos que acusan una hipertensión tardía muy prolongada deben suprimir los alcoholes y otros excitantes.

Un enigma del reino animal

Uno de los enigmas que aún no han logrado descifrar los naturalistas es el odio mortal que demuestran los animales silvestres a los domesticados. Ese odio suele manifestarse más bien de un modo colectivo que individual. Así, se ha observado que, cuando por ejemplo, un grajo doméstico se escapa de su cautividad y va a refugiarse en una colonia de colegas bravíos, ocurre una cosa curiosísima: los grajos hacen círculo en torno del intruso como para juzgar su conducta, y luego de lanzar unos cuantos graznidos, se arrojan sobre él y lo matan a picotazos. En seguida, y como si tuvieran por deshonrados aquellos lugares, se ve a la colonia de grajos levantar el vuelo e irse a instalar en otro sitio muy distante.

Al verificarse la última expedición antártica, advirtió el comandante inglés Scott que los perros de los trineos eran atacados sin piedad por sus hermanos los perros bravíos esquimales, cuyo aspecto es muy parecido al del lobo. No obstante las precauciones adoptadas por los expedicionarios, todos los perros de arrastre fueron destrozados por los bravíos, siendo digno de notarse que aquéllos se daban cuenta del peligro que les amenazaba. Tan era así que apenas se apartaban diez metros de los costados del barco.

Pero si algún día por una causa u otra, se alejaban del campamento internándose en el desierto de hielo, eran inmediatamente descubiertos por uno de los perros salvajes, quien dando un penetrante aullido daba la señal a toda su bandada. Esta no tardaba en acudir, y en contados segundos, el perro imprudente quedaba hecho trizas a dentelladas.

De un modo análogo, el pacífico gato casero no tiene enemigo más mortal que el gato montés, si por desgracia cae entre sus garras; el conejo campestre aunque de suyo tímido e inofensivo, dará muerte sin compasión, a cualquier conejillo casero que se ponga a su alcance. Hasta los peces de "acuarium" son muertos por sus colegas de los ríos o estanques no bien se les pone en contacto.

Figuras olvidadas de nuestra historia

"Los tres bravos"

En el aniversario de su gesto heroico.

Senillosa, Cernadas y Obligado (1).
Tres figuras que suman un ejemplo.
Y a quienes de la Historia ya en el [templo
altar debió la patria haber alzado.

Ellos fueron los tres que, altivamente,
en horas de inquietud, voraginosas,
negáronse a votar para que Rosas
consiguiera el poder omnipotente...

Diciendo, sin temor:—"La Tiranía,
surgirá en el país desde este día."
Y antes de someterse a ser esclavos,

huyendo del puñal y del encierro,
fulminaron el caos desde el destierro,
rescatando a su patria como bravos!...

Gontrán ELLAURI OBLIGADO.

Abril 7 de 1919.

(1) Don Pastor Senillosa, don Juan José Cernadas y don Manuel Alejandro Obligado, fueron los "únicos" que, en la Sala de Representantes de Buenos Aires, se negaron a prestar sus votos para la concesión a Juan Manuel de Rosas, del gobierno de la provincia con "facultades extraordinarias", aduciendo que "ellos no firmaban la sentencia de muerte de la libertad de la Patria".—Por esta conducta, asaz valerosa y patriótica, subido Rosas al poder y principiado su infame dictadura, fueron perseguidos, al extremo de tener que,—como el doctor Cernadas,—abandonar el país, para salvar la vida de las furias de la policía del déspota. "La Mazorca".—(N. del A.).

El inventor del telescopio

Aunque se suele decir que el telescopio fué inventado en la segunda mitad del siglo XVII por el P. Zucchi, es indudable que el primer telescopio fué el anteojo llamado de Galileo, que se conocía mucho antes. La invención de este aparato ha sido atribuída por unos al mismo Galileo, y por otros a un óptico holandés. Desde luego, merece más crédito la opinión en favor de Galileo; véase lo que él mismo dejó escrito acerca del asunto:

"¿Qué parte me corresponde en la invención del telescopio? Esto es lo que hace poco demostré en mi "Correo Celeste", refiriendo cómo llegó a Venecia, donde yo me hallaba, la noticia de que un holandés había presentado al conde Mauricio de Nassau un anteojo, por medio del cual se veían las cosas lejanas tan perfectamente como si estuviesen realmente próximas, sin más explicación. Con este simple dato, volví a Padua, donde residía entonces, y me puse a reflexionar sobre el problema. Encontré la solución la primera noche que siguió a mi regreso, y al día siguiente fabriqué el instrumento."

Es cosa sabida, en efecto, que el anteojo presentado al conde de Nassau por un óptico de Middleburgo (son tres los que se disputan este honor), se consideró solo como un objeto de curiosidad. El mismo conde fué el primero en hacer notar que podría ser de gran utilidad... en la guerra. En 1637, todavía no se fabricaban en Holanda telescopios que permitiesen ver los satélites de Júpiter. Galileo fué quien, durante veintiocho años, hizo fabricar bajo su dirección los únicos telescopios de que se hacía uso en Europa para las observaciones astronómicas.

El óptico holandés pudo, por consiguiente, descubrir el principio en que se funda el telescopio; pero la aplicación de este principio a la ciencia astronómica se debe indudablemente a Galileo.

Poco después, el P. Mersenne perfeccionó su invento, aunque solo en teoría. El P. Zucchi, en 1652, dijo que él lo tenía pensado ya en 1616, pero no demuestra la exactitud de esta afirmación.

PUCHITOS

Theodore N. Vail, presidente de la Compañía Americana de Telégrafos y Teléfonos, en Estados Unidos, ha anunciado el invento y la aplicación de un método práctico de telegrafiar y telefonear en forma múltiple, y que está llamado a revolucionar la comunicación alámbrica a larga distancia. El invento se debe al cuerpo técnico del sistema Bell de telégrafos y teléfonos.

Mr. Vail dice que es posible instalar una combinación de telégrafo y teléfono por medio de este invento, mediante el cual se podrán sostener simultáneamente cinco conversaciones telefónicas con sólo un par de alambres, o bien enviar cuarenta despachos telegráficos a la vez, o si se quiere, hacer un uso parcial de ambos servicios a la vez.

En los islotes rocosos conocidos por los Farallones, donde el gobierno de Méjico tiene establecido un faro, se descubrió hace tiempo un socavón o galería diagonal, cuya abertura inferior está en contacto con el mar, y por el cual sale a intervalos regulares una corriente de aire violentísima.

Estudiada la causa del fenómeno, se vió que éste lo producían las olas al estrellarse contra el orificio inferior de la galería, y entonces los ingenieros idearon aprovecharlo, enchufando en la boca de tierra el tubo de una sirena que, de minuto en minuto, toca gracias al aire que las olas producen.

El ruido de las sirenas se oye a larga distancia, pero como sólo se produce cuando la marea está alta, el gobierno ha creído oportuno poner otra sirena de vapor para que supla a la natural durante las mareas bajas.

Los trabajos que se están llevando a cabo para la instalación de un servicio telefónico submarino entre Cuba y los Estados Unidos, prestando con ello un servicio incalculable al sistema de comunicaciones entre los dos países, acaba de entrar en un nuevo período de actividad con la llegada del sabio inventor Dr. Giuseppe Musso, el cual dirigía personalmente la instalación.

Se calcula que dentro de tres meses quedará establecida dicha comunicación. La Chorrera del Vedado ha sido el lugar designado para instalar la estación en aquel extremo de la línea.

Se calcula que para llevar a cabo este proyecto, habrá que tender unas 127 millas de cable entre Cayo-Hueso y la Habana.

Un caso que, al parecer, no tiene precedente en la construcción naval del mundo, es el del lanzamiento de un torpedero en los astilleros navales de Mary Island, en San Francisco, que se efectuó diecisiete y medio días después de la erección de la quilla respectiva.

En las entrañas de los Alpes, en el cantón francés de San Fermín, existe un pueblo mísero llamado Andrieme, cuya situación es tan especial, que sus habitantes no ven el sol durante tres meses, porque sus rayos no llegan al fondo del estrecho valle donde se asienta el pueblo.

Hasta el día 10 de febrero de cada año no llegan a aquel punto los rayos del astro solar, y precisamente por esto existe una costumbre tan sencilla como antiquísima que da lugar a la celebración de una curiosa ceremonia. Al despuntar el día de la fiesta, la gente joven se reune, y precedida de la música del pueblo, va a despertar al vecino más viejo, y luego le siguen hasta un puente que hay sobre el río en el punto más elevado del país, con objeto de ser los primeros en ver el sol tanto tiempo ausente.

Siguiendo la tradición, ya muy antigua, cada individuo lleva un plato con una tortilla, que coloca en el parapeto del puente como ofrenda simbólica al sol bienhechor.

En cuanto aparece el sol, sus adoradores, digámoslo así, regresan a su domicilio con los platos de las tortillas, que ya se han quedado frías, pero que se comen alegremente.

Las esferas de reloj más grandes del mundo, son las de la catedral de San Rombolt, en Mechlin (Bélgica), que miden 14 metros 64 centímetros de diámetro.

Como reloj grande puede ocupar el segundo lugar en la lista el de la municipalidad de Filadelfia, cuya esfera tiene 9 metros de diámetro y está alumbrada eléctricamente durante la noche.

En Inglaterra, uno de los relojes más grandes, es el que hay en la torre de los talleres que una compañía de máquinas de coser tiene un Kilbowie. Cada una de sus cuatro esferas mide 8 metros de diámetro, y pesan en junto unas 20 toneladas.

También es famoso el reloj del parlamento de Londres, cuyas cuatro esferas alcanzan el respetable diámetro de 6 metros 86 centímetros. Los minuteros miden 4 metros 27 centímetros.

LA SITUACION



En resumidas cuentas...

LOS ARBITROS



—Tuve que afeitarme la barba porque mi mujer decía que quedaba horrible...
—Y yo me dejé la barba porque mi mujer decía que afeitado quedaba horrible...

MI VENTANA

Es de trazado antiguo mi ventana;
Mi ventana, por vieja, de arte espurio,
Que el prístino fulgor de la mañana
Derrama como un cuento "perraultiano"
En la inocente paz de mi tugurio.
En los días de invierno, en que se mojan
Sus opacos cristales tapujados,
Una tropa de esfinges se me antojan
Sus gimientes quiciales despintados.

¿Te acuerdas ventanita? ¿Has olvidado
Aquellas noches de íntima bohemia,
En que la luna infiltrándome su anemia
Trasuntaba en silencio mi pasado,
con sus noches alegres de Palermo
Que cambiaban el ritmo de mi calma?...
¡Noches puras de olvido, de sonrisas,
De juventud sin arrugas en la frente
Mas con hondos pesares en el alma!

¿Te acuerdas, ventanita de Ninón,
Te acuerdas que lloraba en los motivos
Sensitivos
De Félix Mendelssohn?

Pues así son las cosas de este mundo.
Cuando perdidos en el mar profundo
de la desdicha que a llorar nos lleva,
Recordamos entonces, aunque tarde,
Con la inmensa aflicción de nuestras penas,
Todo aquello que ayer nos fuera grato
Haciéndonos pasar horas tan buenas.

Ventana, tú que sabes esperar,
Que sabes como yo del mal de ausencia...
Seré confidencial; voy a cantar
Este día sin luz de mi querencia.

Quisiera sollozar al son melódico
Del arpa suave y límpida de Erato...
El motivo... ¿Lo ves?... es un retrato
Que me recuerda historias
Amatorias.

Han pasado cual leves mariposas
Sobre esta pura imagen muchos besos,
Y también han pasado muchos males,
Y muchísimas horas dolorosas
Que en excesos
Agotaron mis fuentes lacrimales.

Y todo ya ha pasado, ventanita...
Primavera llegó, y el corazón
Aspira y goza el Sol
Con sus mórbidos sensualismos viejos,
Y escucha desde lejos
Los gorriones que pían en sus nidos,
Y una infantil canción napolitana
Que pregona quién sabe qué lozana
Natividad de amores o de olvidos...

Nada queda, ventana; Ninón muerta...
El poeta no sueña con jardines,
Ni su visión despierta
Sueña una luna de Lutecia incierta
Donde lloran pierrotes y arlequines.

Ya no recoge esa órbita clorótica
Un verso como aquel tan aflictivo
Que fué todo un augur...
Falta el donaire de "ella", insinuativo
Como una aroma exótica
Venida de Bangkok o Singapur...

. . . .

Ya desmáyase el Sol en lontananza,
Ante la luz que huye el alma calla,
Y revestido en cresponada malla
El gran cortejo del dolor avanza.

Hasta mañana, ventanita mía;
Me despido de ti porque el lucero
Me llama a indagar el verdadero
Motivo de mi pena tan impía.
Cuida mucho de tu hijo, ventanita;
Que el dolor no lo cubra con sus olas,
Y no permitas que una racha helada
Esta noche penetre hasta mi mesa
Dejándome la lámpara apagada
Y con las sombras a solas.
Acompáñame ahora un solo instante
Sin permitir que escuche ni un ladrido,
Ni tampoco aquel piano dolorido
Que retingla distante... muy distante...
Dormita en paz... En paz duerme, ventana,
Como dormido no has cuando mi ausencia,
Mientras pienso si habrá también mañana
Otro día sin luz en mi querencia.

Juan Bautista RAMOS.

LAS DEUDAS DEL ARTE



—¡Oh, señora! ¡Debemos mucho a Shakespeare, mucho.
—Pero lo que es aquí tienen que pagar el alquiler el primero de mes.

Misterios del mundo vegetal

¿Por qué no todas las plantas tienen las flores de la misma forma? ¿Por qué no son todas las flores del mismo color? ¿Por qué permanecen unas abiertas todo el día, y otras sólo lo están a ciertas horas? De cada cien personas aficionadas a las plantas, es probable que cincuenta jamás se hayan hecho estas preguntas, y seguramente noventa y nueve no sabrían contestarlas. Sin embargo, la naturaleza no hace nada "porque sí"; hasta el menor detalle de sus obras tiene su razón de ser.

Tomemos, por ejemplo, una flor de las de más extraña forma, de las que los botánicos llaman labiadas, como la flor de la salvia; veremos que está formada por un tubo estrecho y largo, que se abre formando una especie de cobertizo o tejadillo redondeado por encima, y una a modo de minúscula plataforma por abajo. ¿Cuál es el motivo de esta disposición? Muy sencillo: para que las flores den fruto, es preciso que el polen de unas se ponga en contacto con los estigmas de otras, y de esto se encarga un insecto de esos peludos, un abejorro, por ejemplo, que posándose en la plataforma mencionada, mete su trompa por el tubo para libar una gota de néctar que hay en el fondo. Si el tubo no fuese tan estrecho como es, cualquier insecto pequeño o que tuviese la trompa más corta que el abejorro podría entrar y llevarse el néctar, y entonces el abejorro no vendría a la flor, pues ya se comprenderá que el animalito no se posa en ella porque comprenda su misión, sino porque encuentra algo que le gusta. En cuanto a la forma de tejadillo de la parte superior, es para defender a los estambres de las inclemencias del tiempo y para mantenerlos encorvados hacia abajo, a fin de que rocen con el dorso velludo del insecto y sobre él dejen el polvillo polínico que ha de transportar a otra flor.

¿Por qué algunas flores, en vez de presentar sus abiertas corolas al sol, se inclinan hacia abajo cual si estuviesen marchitas? También esto tiene su explicación. En esas flores, la fecundación no se verifica con el auxilio de los insectos; se fecundizan a sí mismas, y como los estambres son más cortos que los pistilos, es necesario que la flor esté boca abajo para que el polen, al salir de los saquitos que hay al extremo de los primeros, caiga por su propio peso sobre el estigma de los segundos. Un bonito arbusto del Cabo de Buena Esperanza, el figelio, puede servir como ejemplo de esta particularidad.

EN EL SIGLO DE LA NAVEGACION AEREA



Coro de perros.—¡Qué hermoso salame!

La parte que los insectos toman en la propagación de las plantas, es la razón de que éstas tengan las flores de distintos colores; si las tuviesen verdes como las hojas, los insectos no se fijarían en ellas. Como cada especie de insecto parece tener predilección por uno o varios colores determinados, cada flor tiene que ofrecer este o el otro color, según el gusto del insecto que debe visitarla.

Todo el mundo sabe que hay flores, como la margarita, que sólo están abiertas durante el día, y al llegar la noche se cierran, en tanto que otras, como el dondiego de noche, no se abren más que cuando ha desaparecido la luz del día.

¿Por qué esta diferencia? Sencillamente porque unas flores deben recibir la visita de los insectos diurnos y otras están destinadas a los de costumbres nocturnas, y sería en perjuicio suyo que, estando abiertas a todas horas, pudiesen entrar en ellas otros insectos, incapaces de ayudar a su fecundación.

Otras flores se cierran durante la noche para proteger contra la humedad del rocío al polvillo que constituye el polen. Esto sucede, por ejemplo, con las flores azules del azafrán, cuyos pétalos también se cierran en cuanto empieza a llover. Tan importante es para las flores que el polen no se moje, que aun aquéllas que están siempre abiertas, cuando llueve se inclinan hacia abajo para que el agua no penetre dentro, movimiento que cualquiera puede observar en el ranúnculo, la anémona, la escabiosa, una especie de campánula y otras muchas plantas.

Pero la manera más notable de proteger el polen contra la lluvia se ve en el "Ariopsis, planta en la que los órganos reproductores están cobijados bajo un verdadero paraguas.

No se crea que es sólo en las flores donde se observan curiosidades de esta índole; también las hay, y no pocas, en los frutos. ¿Por qué razón, pongamos por caso, los frutos de las bardanas, de las crupinas y de otros tantos vegetales están provistos de puntas agudas? Un chico dirá que es para que se enreden mejor en el pelo de las mujeres; pero la naturaleza no se guía por motivos tan poco galantes, y si ha armado así a dichos frutos, es para que los animales, al pasar, se los lleven lejos, enganchados en el pelaje, y ayuden así a la propagación de la planta.

Otros frutos, especialmente los de árboles altos, son arrastrados por el viento a largas distancias, y con este objeto están provistos de expansiones membranosas, a modo de alas, como se ve en el fruto del arce o plátano falso. Hay un árbol, la bignonia, en el cual lo que tiene esta especie de alas no es el fruto, sino la semilla que hay en su interior; cuando el fruto madura, se abre, y el viento se encarga de llevarse las semillas. Existen, en fin, plantas cuyo fruto, al llegar a su perfecta madurez, se abre con un estallido, lanzando las simientes a largas distancias.

Con las violetas sucede una cosa realmente notable. En la violeta común y otras especies, el fruto se inclina hasta tocar el suelo, y al abrirse caen las semillas; en cambio, en la llamada violeta perruna, el fruto se abre de pronto y las simientes son lanzadas a tres metros o más de distancia. ¿Cómo se explica esto, tratándose de plantas del mismo género? Pues porque en la violeta perruna el fruto se levanta sobre un largo pedúnculo por encima de todas las yerbas de alrededor, mientras que el fruto de las otras violetas, que crece junto al suelo, si lanzase sus semillas como el de la primera, en vez de enviarlas lejos las dejaría caer sobre las hojas vecinas, donde de nada servirían.

Hay simientes que están envueltas en una masa carnosa, y para germinar conviene que esta envoltura desaparezca cuanto antes. Los cuadrúpedos, las aves y hasta el hombre se encargan de prestarles este servicio, pues dicha masa carnosa, con su simiente dentro, constituye una baya o una drupa, es decir, una uva, una grosella, una cereza, un melocotón, etc. Mientras la simiente no está en disposición de germinar, necesita su envoltura, y ésta es de color verde, para pasar desapercibida entre el follaje y que nadie haga caso de ella; pero en cuanto la semilla madura, el fruto adquiere su color vivo y su exquisita fragancia, como para invitar al primero que pase a que lo agarre y ponga en libertad su precioso contenido.

No puede negarse que en las obras de la naturaleza cada detalle encierra una maravilla. Hasta la disposición de las hojas sobre las ramas obedece a un plan admirable. Así vemos que en los países tropicales las plantas suelen tener hojas muy grandes y muy juntas entre sí, como si quisiesen prestarse sombra unas a otras, mientras que en las zonas templadas o frías las hojas son relativamente pequeñas, y a veces están reducidas a un estrecho filamento, como sucede con las del pino y el cedro.

Procedimiento para la separación de materiales de diferente densidad

La separación de materiales de diferente densidad por medio de un líquido que la tenga mayor que la del más ligero de estos materiales y menor que la del más pesado, no se ha aplicado en gran escala para la separación de las gangas de los minerales o para el lavado de carbones; y su empleo se ha limitado a trabajos experimentales de laboratorio o a la comprobación de cribas, clasificadores, etc., habiéndose con frecuencia utilizado una solución de cloruro de zinc para separar el carbón, de las materias pizarrosas y de otras substancias, que lo impurifican.

Algunas dificultades que son muy difíciles de vencer en la práctica, han impedido el desarrollo comercial de tales soluciones para trabajos en gran escala; dificultades que son de orden científico y económico, ya que el coste de disoluciones de sustancias químicas de dicho peso específico es muy elevado, y, por otra parte, es prácticamente imposible hacer que desaparezcan del carbón los vestigios de las sustancias químicas empleadas.

Según "The Coal Age", se ha encontrado que una mezcla de agua y arena fina, mantenida en estado de agitación, posee cualidades de selección análogas a las de una verdadera disolución, y en ella los cuerpos de mayor peso específico que la mezcla contiene se irán a fondo, y flotarán los más ligeros, por lo cual una mezcla de esta clase podrá obrar como un fluido capaz de separar el carbón de sus impurezas. Con arena procedente de ganga de hierro magnético y agua, se obtiene una mezcla de suficiente peso específico para que en ella floten el cuarzo, caliza, feldespatos y otros minerales. También pueden emplearse ciertos materiales pesados, como galenas concentradas, cobre metálico y otros, para obtener con el agua mezclas de mucha densidad, que pueden utilizarse para la separación mecánica de minerales de diverso peso específico.

HISTORIA DE UN DIA DOMINGO

La mañana

Comencemos la "Historia de un día Domingo". Esta Historia es, en verdad, larga y fastidiosa. Nada hay más largo que un día domingo. Hemos salido a la calle; por todas partes hemos visto hombres y mujeres de fiesta. Sin embargo, nuestro ánimo no está en domingo: nuestro ánimo está por encima del almanaque y sus goces y tristezas no son los mismos goces y tristezas que el almanaque señala inexorable a los hombres.

Yo sé, sin embargo, de alguien que amanece en domingo todos los domingos. Es, por lo pronto, un hombre sencillo y bueno; son, acaso, todos los hombres buenos y sencillos de la ciudad. Ha llegado el domingo: un lindo día domingo con un cielo muy azul y un sol muy tibio que arrastra a todos fuera de la casa. Con su extraña psicología de almanaque, nuestro hombre advierte dentro de sí mismo un poco de esa fiesta que el sol ha enviado para todos. ¿Qué va a hacer, de extraordinario, este hombre vulgar que está de fiesta? Por lo pronto, va a sacar un "jacquet", fastidiosamente rígido, que desde años atrás sólo conoce el sol de los domingos. Además, va a sacar un bastón, un par de guantes, un par de magníficos zapatos de charol... El día es domingo; hay, para todos, un sol alegre y fraternal. Este bastón, estos guantes y estos zapatos de mi buen burgués son las prendas más felices de todos los roperos de mi ciudad, porque sólo conocieron en todos los tiempos la luz cristalina del domingo.

Ya está vestido nuestro hombre; en una misma mano, como lo viera en mil elegantes de la ciudad, ha tomado el bastón y los guantes. Es un bastón absurdo y son unos guantes absurdos, porque ni aquel toca jamás el suelo —destino lógico de todos los bastones—ni éstos—los guantes—vienen por un solo instante a cubrir las manos bastas de su dueño. Es el destino torcido de mil objetos vulgares.

¿Qué sombrero va a ponerse nuestro hombre? Esto es el punto capital de todas las indumentarias. El sombrero—sabedlo bien—es nuestra alma misma que asoma de fuera. (¿Por qué, si no, entre los cien sombreros de una percha elegimos de inmediato el nuestro?) Así, este sombrero blando, negro, que ha elegido nuestro hombre, está partido por el medio con extraordinaria y desesperante simetría. La misma simetría de su propia alma, de su propia vida. Este sombrero nunca ha dejado de ser nuevo, lo que tampoco quiere decir que no sea viejo. Tiene el contorno rígido e inflexible de todas las prendas nuevas, sin embargo, hace ya muchos años que viene cubriendo, durante los domingos, la cabeza vacía pero perfumada de nuestro hombre.

Ya está en la calle este hombre feliz de los domingos. ¿Adónde se dirige, ahora que ha volcado sobre sí todo el lujo de su ropero? Admirémosle en este inefable instante en que, contento de sí mismo, advierte que todos le admiran. Va despacio por la acera: va despacio porque sabe adónde va. Ha doblado la esquina; una cuadra, otra cuadra... Luego, ha entrado en una confitería. Es un pequeño burgués hecho, como todos, de increíbles sensualismos. Ya está nuestro hombre, frente a una y otra vidriera, eligiendo—tan concienzudamente como eligiera entre cien estos zapatos que le van tan chicos—las masas de su domingo. ¡Las masas del domingo! ¿Acaso tienen estos luminosos días de fiesta otro atributo que mejor los defina? El domingo, para este hombre y para los hijos de este hombre, es, antes que nada, el día de las masas. Acaso salga más tarde por las calles solitarias, del brazo de su señora, con sus dos niños destacados tres pasos adelante; acaso se meta con todos ellos en una victoria zigzagueante, rumbo a Palermo; acaso, en fin, les convide luego con un helado en algún café de la Avenida... pero lo que ciertamente no dejará de hacer por nada en este magnífico día domingo de nuestra historia, es comprar al tiempo del almuerzo este paquete de masas, de veinte masas exactamente, que ahora, por un instante, serán la alegría, la inquietud, la esperanza de la mesa familiar.

La tarde

Ha pasado la mañana: los fiambres y las masas del domingo han cumplido ya su grato destino. Ha llegado el momento de volver a la calle. Nuestro hombre toma a su mujer del brazo, destaca a sus dos niños tres pasos adelante y comienza a andar. Estos dos niños van vestidos con prendas iguales—frutos módicos acaso de una misma liquidación—y marchan de la mano, sin decirse nada, bajo la vigilante mirada de la madre que desde atrás los analiza y los admira. En este paseo familiar, puro y virtuoso, de todos los domingos, yo encuentro que está la más noble moral de mi ciudad. Este hombre, que tiene una mujer legítima y gorda y que se exhibe a su lado con rara desvergüenza es —no cabe duda—un hombre de bien. Mucha virtud es ésta de salir a paseo con la propia mujer.

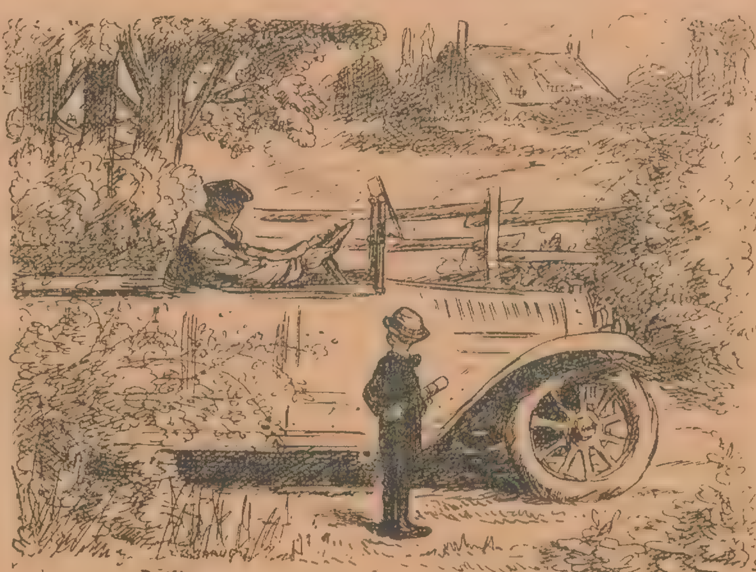
¿Dónde va, con su mujer y sus hijos, nuestro estoico hombre de bien? En verdad, ni ellos mismos lo saben. Su paso es lento y monótono. Es la monotonía del domingo, en la ciudad callada y sin vida. En las calles desiertas resuenan nuestros pasos con ecos extraños. La ciudad entera duerme, como un enorme comercio de descanso. Entre los hombres y la calle diríase que ha caído también una cortina de hierro fría y ceñuda. Nunca más solos los hombres que en estas tardes vacías, silenciosas, del domingo.

Van pasando las calles. En la torre de una iglesia una campanita llama para el catecismo. Sobre el atrio bañado en sol se abre como una cueva la entrada del templo, llena de sombra, llena de misterio. Un hálito pesado se desprende de allí. Algunos niños salen lentamente de las casas vecinas, se detienen un instante en el atrio y se hunden después en la tiniebla. ¿No hay en todo esto misterio y poesía? ¿Será acaso esta iglesia un enorme palacio encantado? A la entrada, junto a la pila, hay una vieja bigotuda y viscosa. Es la bruja del palacio embrujado. Entra por allí la pobre carne tierna de cien niños robados al sol. Ya seguimos nosotros nuestro camino. Otra vida nos espera, allá adelante. Entretanto, arriba, en la torre de la iglesia, la campanita sigue llamando. Es la rubia princesa prisionera del palacio encantado. Allá arriba, en su torre, clama por auxilio. Es, como en todos los cuentos, la princesa absurda de todas las torres que vive sin contento viviendo entre las nubes.

¿Dónde está, entretanto, nuestro hombre virtuoso y prolífico? He aquí que, bajo la angustia de una grave duda, nuestra pluma se detiene. ¿Qué rumbo dar ahora a este reposado paseo dominguero de que somos fieles, celosísimos cronistas? ¿Seguiremos a pie nuestra ruta a través de las calles vacías? ¿Pondremos a nuestra gente en camino de Palermo? La cuestión está resuelta. Nuestro hombre ha compuesto un grave gesto de señor y ha parado un coche de alquiler. (El caballo único de este coche—excusad la digresión—tiene la rara virtud de no marchar jamás en línea recta. Yo me pregunto por qué los caballos de los coches pobres no marchan jamás en línea recta. ¿No es ésta la más corta, la más fácil? Advertid esto otro: estos equinos zigzagueantes son siempre los más flacos de carnes y de fuerzas. Advertid lo profundo de mi duda: ¿alargan el camino, porque son débiles o son débiles porque alargan el camino?)

Con una indiferente expresión de circunstancias—como si no advirtiesen lo solemne del momento—los dos padres han subido al coche y se han sentado. Luego, bulliciosamente, ner-

LAS VENTAJAS DEL SISTEMA ANTIGUO



—¿Quieres que te lleve en el auto?
—No; muchas gracias, prefiero ir a pie... así puede que llegue tarde para la lección de piano.

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre . . $ 3.00
Semestre. 5.00	Semestre. 4.00	Semestre 6.00
Año. 9.00	Año. 8.00	Año. 11.00
N.° suelto. . 20 cts.		N.° suelto. . 25 cts.
N.° atrasado. 40 ..		N.° atrasado. 50 ..

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

viosamente, los dos niños han ocupado el asiento pequeño del frente. El padre está molesto con esta alegría indiscreta de sus hijos y les hace callar. Luego ha dado la orden de marcha. Los niños, en silencio, miran asombrados las calles, las casas, las gentes que pasan. Son las mismas calles y casas y gentes que vieran con indiferencia a su lado cuando momentos antes paseaban a pie, tomados de la mano. Las cosas son las mismas, pero no los ojos que las ven. Porque estos ojos de ahora van en coche y son felices.

Rumbo a Palermo, mil otros coches van por la misma Avenida, con mil familias iguales. Junto al lago en otra hora aristocrática detienen su marcha y hacen su corso. ¿Dónde están las siluetas graciosas y finas que dieran por la mañana tan singular encanto de elegancia a este mismo lugar? La fiesta de ahora, muy distinta, es una fiesta de descanso. Aquí hay rostros cansados, manos recias y callosas... ¡Por qué venir, en penosa emulación, a este sitio que es plácido retiro de una vida más amable y feliz? ¿Para quién es el engaño? Fiesta absurda, la de esta gente en este sitio. Fiesta absurda, a la vez ostentación y descanso...

Son las seis de la tarde. Nuestra gente está de vuelta. Ahora las calles de la ciudad se van poblando. Hay, por lo pronto, en diez, en veinte puertas, diez y veinte parejas que se dicen adiós. (He aquí, otra vez, a la fregona de la plaza. De nuevo su vistosa falda roja y los dos pies deformes y sufrientes, calzados con extraordinaria justeza; en la bata, un cuello alto y duro impone a la cabeza su rigidez dominguera. Y como en la hora de la plaza, tomada de la mano por su galán, le oye y se deja desear. ¿No es éste, en verdad, un burdo amor de umbral?)

Ya ha llegado el coche a su destino. Ya están todos de nuevo adentro de la casa. Los niños han abierto perezosamente los libros y han comenzado —el alma en otra parte—a estudiar las lecciones de mañana. ¡Qué ingrato es este estudio, después de la fiesta! La madre, en silencio, tiende la mesa. El padre, perdido y sin rumbo adentro de su propia casa, vaga aburrido entre el pequeño patio y las habitaciones. ¡Qué tristeza tan honda, tan irreparable, la del anochecer de todos los domingos! Allá, lejos de su casa, desde su coche, desde su ilusión, nuestro hombre, desprendido del mundo, ha soñado una vida mejor. ¿Ha soñado?... Es lo mismo: se ha olvidado de sí mismo, acaso sin pensar en nada. ¿No es ésta una vida mejor? Ahora, la ilusión ha terminado. Ya esperan de nuevo—en desigual rotación—la lucha y el dolor. ¡Qué pequeño se siente nuestro hombre! ¡Qué pequeña su ilusión, su barata ilusión pagada con dinero!

La noche

Una mañana... una tarde... Falta la noche. Sin embargo, para muchos hombres sólo cuentan las horas de luz. Así, los días sólo tienen para ellos una mañana y una tarde. Porque mientras el mundo sigue su vida y su farándula bajo la luz de los focos eléctricos—sin advertir que ha terminado el día—ellos, rendidos, han entrado en sus casa, han comido con hambre de bestia un pedazo de pan y otro de carne, y se han echado, inertes, a dormir sobre la cama.

Pero, he aquí que este día de mi historia es un día domingo. Hemos dejado a nuestro hombre en su casa, triste, con la tristeza de su propia pequeñez, con la tristeza final de los domingos... Su mujer y sus hijos... ¿Por qué querer más, por qué buscar lo impreciso y lo ignorado, si allí, a su lado, le espera la felicidad de la vida tranquila? Nuestro hombre, sin embargo, no ríe como ha reído en otras tardes a la vuelta del trabajo. Su angustia de ahora es la angustia de la vida monótona. Nuestro espíritu es heterogéneo y múltiple. La vida es una e invariada. De ahí la tristeza y el dolor que filtra la felicidad en nuestra alma cuando, ella también—la felicidad—es invariada y una.

¿Cómo va a terminar su domingo el hombre de nuestra historia? ¿Acaso va a resistir, en la calma obscura de su casa, a la tentación de la ciudad que le llama desde lejos? No, seguramente no. ¿No habéis advertido esa extraña zozobra que invade en las noches de fiesta a los hombres absurdos que se encierran en sus casas?

Es preciso salir, es preciso reir... Nuestro hombre acaso salga solo. Acaso, también lleve consigo a su mujer. Si lo primero, le veremos marchar lento y sin rumbo hacia las calles del centro. Se detiene en las puertas de los teatros. Sigue con atención curiosa el tráfago de las esquinas. A la puerta de cada café escucha un compás y sigue. Sin quererlo, sus miradas de deseo ribetean el cuerpo de las mujeres que encuentra... Luces, música, teatros, mujeres... He aquí la vida múltiple y diversa de los hombres felices. ¿Será ésta la felicidad, por fin? Para pensarlo, nuestro hombre entra en un café; se sienta junto a una mesa y pide un vaso de cerveza. Todos hemos visto a estos hombres extraviados de la noche del domingo, que se sientan solitarios a beber con lentos movimientos un vaso de cerveza.

Pero acaso no sea éste el final verdadero de mi historia. Acaso nuestro hombre ha llevado consigo a su mujer. Será entonces una de esas tranquilas parejas que marchan a pie por la ciudad en las noches del domingo. Ingenuos y sencillos, tal vez les veamos luego entrar en la platea de un teatro nacional. Ya les vemos llegar con sus ganas, con sus excelentes ganas de reir o de llorar. En una confitería del camino, a ruegos de su esposa, nuestro hombre ha comprado un pequeño paquete de caramelos. Así, además de sus ganas de reir o de llorar, esta gente ha llevado al teatro un pequeño paquete de caramelos. Es un detalle grave en la historia que escribimos. Porque — sabedlo bien — la emoción artística de nuestro público resulta de una notable combinación del gusto y el sentimiento. Este caramelo que mi gruesa vecina se lleva periódicamente a la boca, integra en ella el goce artístico a que la localidad adquirida le ha dado derecho. Estos buenos burgueses del domingo tienen así sensualismos insospechados. ¿No lo habéis advertido? En el momento culminante, mientras el cuello y los ojos se estiran desesperados hacia la escena, la mano—como desprendida del alma—se escurre en el paquete de caramelos. Hay entonces un ruidito tímido, entrecortado, fastidioso. Y luego, entre dos dedos, sube un caramelo hasta una boca.

La función, señores, ha concluído. Este es, irremediable, fatal, el fin de la fiesta de mi historia. Ahora, sin pensar en nada, regresa nuestra buena pareja vencida por el sueño. Ya están en la puerta de la casa. Ya están al borde de la cama, amplia y mullida. ¿Hay algo más confortante, más saludable, que una cama mullida para un hombre con sueño? Allí, entre las sábanas blancas, noche a noche perdonamos al mundo sus peores perrerías. Nuestro hombre, también, se siente invadido por un dulce optimismo. Buenas noches.

Roberto GACHE.

LAS FUTURAS GENERACIONES Y LA CONFERENCIA DE LA PAZ



Una angustiosa espectativa.

(De "St. Louis Republic").

"Parnaso Nacional"

Bajo este título, se incorpora a la prensa del país un nuevo órgano decenal, editado por la Asociación Patriótica Argentina.

"La poesía—dice en su prólogo el citado colega—es parte de la tradición y de la familia, pues con ella únese el corazón a la inteligencia, y por tanto, a la vez, la grandeza de la patria: propagar su culto, llevando sus destellos hasta los más lejanos horizontes del organismo nacional, es consolidar cada vez más las idealidades que forman la médula de nuestro argentinismo. Ese es nuestro propósito, y al hacerlo así, creemos realizar obra práctica de finalidades nacionales netamente diseñadas."

He ahí brevemente enunciados los fines de la nueva publicación, cuyas primeras páginas se avaloran con la transcripción de "La cautiva", el notable poema de Esteban Echeverría.

Como presentación gráfica no deja nada que desear "Parnaso Nacional" y es seguro que el nuevo colega verá coronada por el éxito su simpática iniciativa.

Fray Mocho se complace en formular los mejores votos por que así suceda, y en enviarle su cordial saludo.

Lo que es la obesidad y para lo que sirve

La obesidad, ese suplicio de buen número de humanos es, según los estudios del doctor Maurel, "uno de los medios de defensa empleados por el organismo para evitar los inconvenientes del exceso de nutrición".

Debe advertirse que siendo uno de dichos inconvenientes la elevación de la temperatura por encima de la normal, la reserva de las grasas puede ser considerada como medio de regulación térmica.

En el estado normal, el organismo contiene 1/20 de su peso total, o sea 50 gramos de grasa por kilogramo; de modo que para que se determine la obesidad es necesario que dicha cifra se aumente de un modo sensible. Los comienzos de la obesidad pudieran fijarse en un aumento de 1/10 del peso normal del cuerpo, cuando ese peso está en relación con la estatura.

Tratándose de un adulto de talla mediana (1.60 a 1.70 m.) es fácil evaluar de un modo bastante aproximado el peso normal, contando tantos kilogramos como centímetros excedan de un metro. Así, un hombre cuya estatura sea de 1.60 m., estará obeso si pesa 66 kilogramos. Ese individuo tiene un total de grasas de 9 kilogramos, ó sea el 13 por 100 del peso del cuerpo, en vez del 5 por 100, que es la cifra normal en el hombre, así como en la mujer es el 6 por 100.

La obesidad es una de las manifestaciones del artritismo; pero su causa inmediata se encuentra en el exceso de nutrición, o lo que es lo mismo, en la absorción de una cantidad de alimentos superior a las necesidades del organismo.

¿Qué régimen dietético propone el doctor Maurel? Ante todo, la persona gruesa debe abstenerse del alcohol, pues éste es un alimento y puede contribuir al desarrollo de las grasas. Tampoco debe abusar del agua, pues aunque ésta no tiene ninguna influencia sobre los tejidos grasos ni posee valor alguno nutritivo ni calorífico, se ha comprobado que el régimen seco hace descender el peso de las personas obesas. Esto pudiera obedecer a que dicho régimen obliga a disminuir la cantidad de alimentos ingeridos, modifica la digestión de los mismos y hace la nutrición menos activa, suprimiendo el exceso de líquidos segregados por los órganos que contribuyen a la digestión.

El infierno de los chinos

Ningún pueblo tiene ideas tan extrañas acerca de los mundos invisibles como el pueblo chino. Para los chinos los castigos reservados en el otro mundo a los pecadores, difieren poco de los que se aplican en China a los delincuentes. El juicio divino es idéntico al del Tribunal de Justicia del Imperio.

Una vez que se ha pasado la puerta del infierno, se llega a la orilla de un río correspondiente a la Estigia de los antiguos. Allí hay una vieja hechicera, especie de Proserpina, que despoja a los condenados de sus vestiduras colgándolas de un árbol. La tal hechicera, que dicho sea de paso tiene los ojos de fuego, conduce a cada condenado al suplicio que se le destina, no sin entretenerle antes encargándole ciertos trabajos tan imposibles como prolongados, tales como recoger todas las piedras que hay en el fondo del río. Después, se suceden los infiernos cálidos y fríos, uno sobre otro, a partir de una profundidad de 23.800 kilómetros bajo la superficie terrestre; cada infierno está cercado por una muralla de fuego, y los tormentos ingeniosísimos que dentro se llevan a efecto son dignos de la imaginación del Dante, tanto, que llega uno a preguntarse si el célebre poeta habría visto alguna vez pinturas chinas del infierno y se habría inspirado en ellas.

Los castigos de los condenados varían mucho según la enormidad de su pecado. Algunos son echados a los tigres, y su cuerpo constantemente devorado no se acaba jamás, mientras otros son metidos en calderas de metales fundidos, de las que salen para volver a la tierra en forma de monstruos.

Nada menos que diez reinos componen el infierno chino, y en cada uno de ellos se castiga un pecado distinto. En el reino número cuatro, por ejemplo, se castiga a las personas que no pagaron sus contribuciones, a los médicos que recetaron malas medicinas, a las personas que no han dejado la acera a los ciegos y a los viejos, a los jugadores, a los chismosos. Algunos de ellos son echados en pozos de sangre, otros molidos o majados en morteros.

En el quinto reino, reciben su castigo los impíos, los ladrones que robaron en los templos, los que adoraron a sus dioses sin lavarse antes el cuerpo, los que profirieron maldiciones y los que escribieron o leyeron malos libros. Todos estos son colgados vivos y bamboleados como badajo de campana, o bien aserrados en dos partes de arriba a abajo, o se les obliga a arrodillarse sobre agudas puntas de hierro. Otro reino muy curioso es el séptimo, a donde van a parar los médicos que han hecho medicamentos con huesos humanos, a los cuales se les fríe en aceite hirviendo. Allá van también los profanadores de tumbas, que son arrojados al cráter de un volcán; los maestros que han descuidado la educación de sus alumnos, los opresores de los pobres y todo el que se ha procurado favores por medio de dinero. Creen, sin embargo, los chinos que los condenados a este reino pueden obtener algunas indulgencias en la tierra comprando pájaros y dándoles la libertad, o bien comprando pan para los pobres que pululan en todas las ciudades chinas.

El reino número ocho está destinado casi exclusivamente a las mujeres. Todas aquellas que en vida se cuidaron más de vestirse y componerse que de la salvación de su alma, son sumergidas en un lago de sangre y el mismo castigo se aplica a las que ponen a secar la ropa sobre los tejados de las casas, pecado horrendo en concepto de los chinos, que creen que estos tendederos improvisados son una molestia para los espíritus de los muertos, que vagan por los aires. En el mismo reino reciben su castigo los hijos que no han sabido cumplir con sus deberes, los cuales son transformados en animales, devorados por perros o pisoteados por caballos.

Una particularidad muy notable del infierno chino, es que en sus reinos no sólo se castiga, sino que también se premia, de modo que allí van buenos y malos juntamente. Por ejemplo, en el quinto reino son recompensados los que en la tierra fundaron o adornaron templos; en el cuarto, los que compraron ataúdes para los pobres que murieron en su ciudad; en el séptimo se recompensa a los que dieron su propia sangre para formar medicinas para algún pariente enfermo, cuando así lo exigía la prescripción del médico, y finalmente, en el octavo reino reciben su premio todos los que de alguna manera ayudaron en este mundo a los budistas pobres.

Las cosas más grandes del mundo

De algunos años a esta parte parece como si la humanidad luchase por ver quién llegaba a hacer o a poseer lo más grande que el hombre le es dado construir. De aquí resulta que muchas cosas que hace algún tiempo pasaban por las mayores del mundo, hayan sido superadas en nuestros días.

No hace mucho se hablaba con admiración del túnel de San Gotardo, de 15.000 metros de longitud; hoy esto no es nada comparado con los 19.770 metros que mide el túnel del Simplón, que atraviesa de parte a parte el macizo montañoso del mismo nombre, poniendo en comunicación a Suiza con Italia, después de seis años de incesantes trabajos.

Algo parecido sucedió con la gran pirámide de Egipto cuando se construyó la torre Eiffel. Hasta entonces el soberbio monumento de Gizeh era el más alto del mundo; el monumento parisiense es casi el doble. Sin embargo, la gran pirámide es todavía el monumento más grande. Su elevación es de 232 metros, y su base tiene 146 metros de lado, resultando, por lo tanto, un volumen de 2.600.000 metros cúbicos, lo cual representa, dado el material de que está construído el monumento, un peso de 6.316.000 toneladas. Con razón consideraban los antiguos este monumento como una de las siete maravillas del mundo; su coste se calcula que debió pasar de 100.000.000 de pesos oro.

En otro género de monumentos, en los escultóricos, se lleva la palma la estatua de la Libertad iluminando al mundo, regalada por Francia a los Estados Unidos y colocada a la entrada de la bahía de Nueva York. La estatua, obra del escultor Bartholdi, tiene 45 metros de altura desde los pies hasta la mano, que levanta empinando simbólica antorcha, y está además colocada sobre un pedestal de 53 metros de altura. La figura está hecha de una composición de tres quintas partes de hierro y dos de cobre, y pesa 100 toneladas justas. Ya se comprenderá que semejante coloso no fué fundido en un molde; se hizo de 350 piezas, trabajadas separadamente a martillo y unidas después por pernos.

Rusia, o hablando con más exactitud, Moscú, goza el privilegio de tener la campana más grande del mundo, una campana de 7 metros de diámetro en la boca por 6 de altura. Este rey de las campanas, que así se le llama, no pende en ningún campanario, sino que está en el suelo, colocado sobre un pedestal de granito. Una inscripción puesta sobre el mismo pedestal nos dice que este gigante de bronce data del año 1733, y que fué hecho fundir por la emperatriz Ana.

Al hablar de cosas grandes, es preciso recordar algunas obras gigantescas de la naturaleza. Una de ellas es la célebre cueva o gruta del Mammut, la caverna más grande del mundo, situada en el Estado de Kentuky. Es esta gruta un verdadero mundo subterráneo, con su sistema de ríos y lagos, su fauna especial, compuesta principalmente de animales ciegos, y una red de galerías innumerables que conducen a abismos, a cuyo fondo nadie ha llegado todavía. A la luz de las antorchas, el interior de esta gruta presenta fantásticas formas arquitectónicas que despiden centelleos de los más variados colores. Desde la entrada principal al fondo de la gruta hay una distancia de 15 kilómetros, y las galerías que forman este prodigioso laberinto suman más de 250 kilómetros. Todos los años visitan estas cuevas unos cinco mil curiosos.

La catarata más ancha del mundo es la de nuestro Iguazú, y la más alta la del Zambeze, en el Sur de Africa.

ASOMBRO JUSTIFICADO



Jorge Wáshington.—¿Y a esto le llaman democracia?

(De "Life").



Notas femeninas



Oigo decir a muchas de vosotras que para este invierno las faldas serán mucho más largas; que los cuellos de los abrigos serán chicos; que las toilettes tendrán algunos drapeados, otras unos recogidos, los sombreros serán altos, y en fin, que veremos pieles con tal profusión que parece que nos van a llover del cielo...

Y bien, queridas lectoras, de todo esto tomaréis o dejaréis lo que más os convenga...

La verdad es que como en todo principio de cada estación, mil tentativas de novedades van a nacer, pero lo cierto será que las faldas, lo mismo que en las estaciones pasadas, se acortan a cada prueba, y en cambio los cuellos de los abrigos se ensanchan a medida que el frío se hace sentir... ¡Ah! y para los drapeados y recogidos me temo que corren el riesgo de ser un gran fiasco; el traje derecho ¡gusta tanto!... Para los sombreros ateneros a que sienten bien a vuestro rostro y aquí tenéis lo que es la verdadera moda.

Casi todos los "manteaux" son flojos, teniendo un cinturón que no ajusta nada y de los hombros afectan tener un movimiento de capa angosta. Las pieles de todas clases y colores serán sus únicos adornos, junto con hileras de borlas de lana muy compactas.

Y ya que os hablo de estas minúsculas borlas, os diré que también las veremos en los bajos de los trajes, túnicas en lana y para las toilettes de mucho vestir serán de seda. Ojalá nos fuera dado ver nuestros trajes un poco más abrigados para este invierno, suprimiendo algo los escotes, tanto para la calle, como para la noche; perdería quizás la estética, pero en cambio ganaría más nuestra salud y nos protegerían contra la gripe futura.

Pero yo estoy convencida que la mujer es de hierro, y siempre he sonreído cuando he oído hablar de su fragilidad... Frágil, sí, pero tan sólo en apariencia y de conveniencia cuando se necesita. Créanme, queridas lectoras, se precisa tener músculos de acero para aguantar días tan recargados de quehaceres, como por ejemplo, ir por la mañana a compras, visitas de caridad y Palermo; por la tarde asistir a exposiciones artísticas, tés, visitas, y de noche acudir a teatros, soirées, comidas, etc., es una locura.

La reputación y el rango social, obligan, me diréis; bien lo sé, y también os diré más aun todavía y es que esta actividad es necesarias para que puedan vivir muchas hadas obreras de la costura, sin exceptuar las bordadoras, las lenceras, etc., etc.





Pero pasemos a otro asunto.

Para pasear por las mañanas voy a daros un modelo lindísimo que es un tailleur de terciopelo de lana gris ratón, abierto sobre un "chandail" de grueso tricot blanco, con un alto cuello roulé, y una chaqueta semicorta con un poco de skungs al cuello, una toca hecha con la misma piel, guantes grises, altas botas de piel de gamo y un ramito de violetas a la cintura; así trajeadas seréis encantadoras.

Como color os diré que los tonos mordoré gozan de gran favor, para por la noche, sobre todo. Las rubias los prefieren a causa de la armonía que hay entre esta tonalidad y el matiz de sus cabellos.

Como color para ser combinado con el mordoré, os recomiendo el azul turquesa, porque armoniza perfectamente.

Hablando de todo un poco las recordaré que las medias de Chantilly o aplicaciones de encaje persisten en acompañar al zapato de lamé satin que a su vez va sencillamente adornado con una hebilla de brillantes, botón de azabache, etc.





Todas las fantasías son permitidas como calzado de baile o de soirée, habiendo observado que la mayoría de las que bailan llevan altos coturnos, evitando así que se repita la aventura de la Cenicienta.

Como peinados, os aseguro que nunca como ahora la moda ha sido complaciente; así se explica que se vean "bandeaux", peinados altos, bajos, bucles, etc., adornados con vinchas, "cache-nuque", peinetones, etc.

¿Cuándo llegará el día en que comprendáis que no hay nada más lindo para el peinado de la noche, que vuestros propios cabellos, bien ondeados y peinados según vuestro tipo? Esto supera a todos los adornos habidos y por haber, a no ser que seáis señoras de cabellos blancos: así únicamente se explicaría; si no, no. Las novedades del momento son vinchas de plata a la Lange, cintas a la "Titus", peinetones a la Marie Louise, mentonnières o barbijos en strass, dejándoos el cuidado y el placer de adivinar o catalogarlos a qué moda y tiempos han pertenecido. Yo renuncio a ello.

Pero veamos nuestros modelos de hoy, que creo nos interesan algo más que estas banalidades.

En primer lugar tenemos un traje de calle, con larga túnica abierta a los costados y forrada con brocado en tonos fuertes. El cuello es en skungs, como igualmente los puños.

El segundo es un tailleur en satin-tête de negre, cerrado a un costado por botones redondos. Cuello, puños y bajo del saco en petit-gris. Los bolsillos son un poco evasé, enteramente bordados en lana color arena.

La toilette de terciopelo del tercer modelo es una combinación de negro y paño color alabastro, con tiras de género recortadas y aplicadas al sesgo.

Elegante es el "manteau-capa" en satín gris bordado en azul. El bajo es apretado en una ancha tira de piel de topo.

A. de DAUMONT.



Fórmula dentífrica en polvo

Damos a continuación la receta de un buen dentífrico, recomendable por sus cualidades.

Quina pulverizada. . . .	500	gramos
Canela en polvo.	400	„
Mirra en polvo.	400	„
Magnesia calcinada. . . .	300	„
Esencia de menta.	15	„

La esencia se vierte sobre la magnesia y luego de mezclarla con las demás substancias se pasa por un tamiz fino de seda.



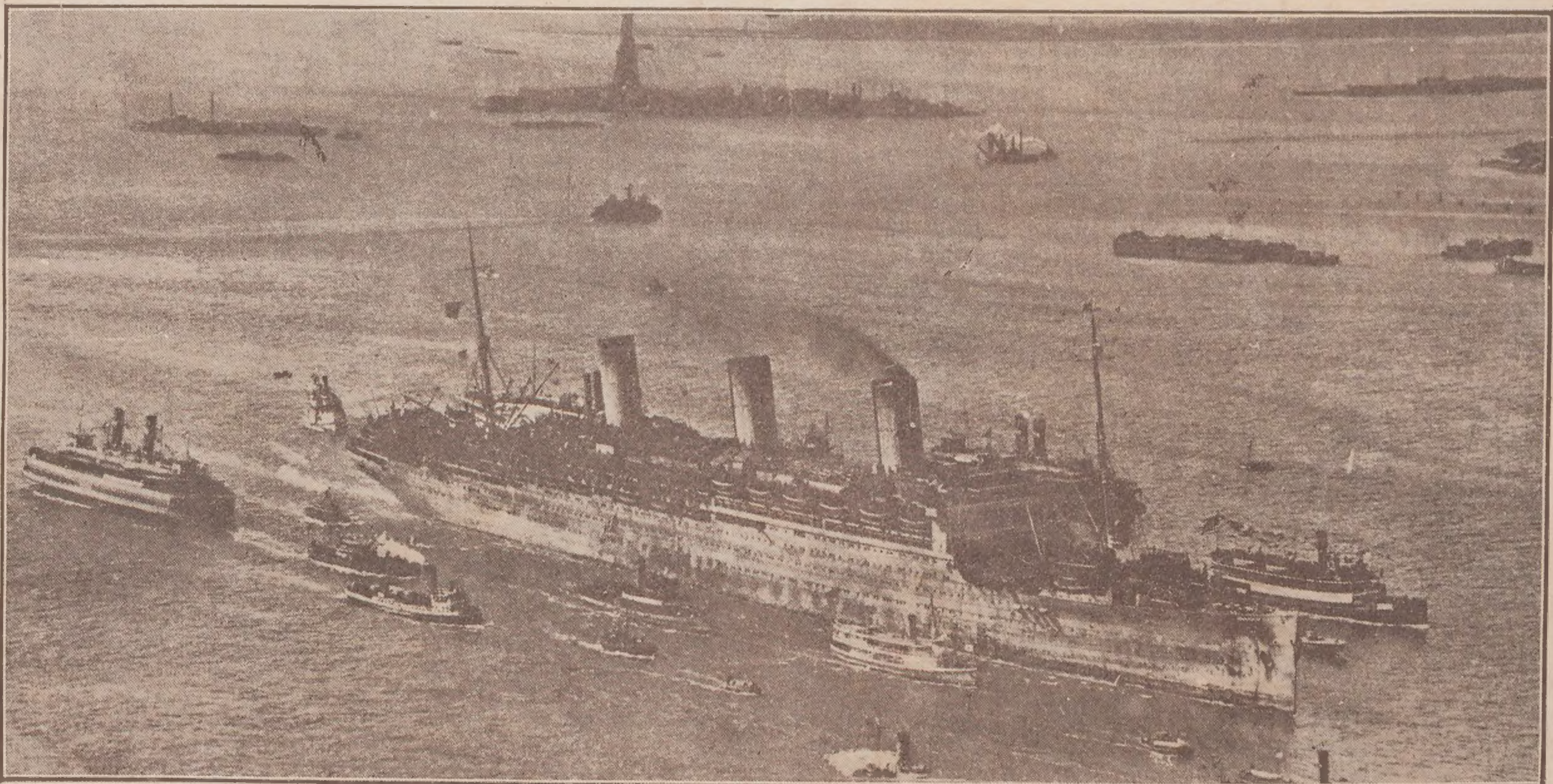
DE TODO UN POCO



Conquista de la Gran Bretaña por los Estados Unidos. Un lote de muchachas inglesas llegadas recientemente a los Estados Unidos. Todas ellas son novias o esposas de soldados y marineros norteamericanos caídos en el campo de Cupido durante su breve permanencia en territorio inglés.



Un cementerio de soldados norteamericanos en el bosque del Argone



El "Leviathan", gigantesco trasatlántico que fué de los alemanes y cedido actualmente a los Estados Unidos, entrando en el puerto de Nueva York, con diez mil soldados que regresan de la guerra

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires


43